

*El Drama*

*de*

*Doña Damiana*

*y*

*otros sucedidos  
en Nicaragua*

JOSE AMADOR URIZA

UN PROLOGO  
DE PIO BOLAÑOS

El autor de los preciosos relatos históricos que siguen, nació en Estelí, departamento de las Segovias, región descubierta por Gil González en 1525.

Hizo sus estudios en León, asistiendo al Instituto Nacional de Occidente de la misma, y en 1892, se graduó de Bachiller en Ciencias adquiriendo el título de Ingeniero Topógrafo y asimismo el de Maestro de Enseñanza Superior. Directores de ese centro fueron el americano Mr. Cardon, don Andrés María Zúñiga, costarricense, y don Ricardo Contreras, mexicano. Todos los tres de reconocida competencia en la honorable profesión de maestros de educación.

Una vez con sus bien adquiridos títulos, Amador se traslada a Managua, en busca de ambiente para trabajar.

Llega a la capital en el año de 1893, en momentos en que se inauguraba un nuevo gobierno, nacido de la revolución de Julio del mismo año.

La situación política del país se encontraba entonces intensamente perturbada a causa de dos revoluciones sucesivas ocurridas en ese año y los preparativos que se hacían para la guerra contra el General Vázquez, Presidente de Honduras.

Amador, de acuerdo con sus ideas políticas conservadoras, se afilió a los elementos jóvenes que en la capital formaban un grupo de oposición al gobierno liberal recientemente instalado. Y de aquí nace la serie de aventuras en que se verá envuelta la mayor parte de su inquieta vida.

Inicia sus primeras labores literarias con unas crónicas parlamentarias intituladas "Alrededor de la Asamblea" aparecidas en el diario El Siglo XX, que se editaba en Managua en aquel mismo año de 1894.

La Asamblea Constituyente de entonces estaba formada entre otros políticos liberales por el doctor Policarpo Bonilla, hondureño, Manuel Coronel Matus, Francisco Montealegre y Adolfo Altamirano, los tres últimos nicaragüenses y Altamirano, segoviano como Amador y discípulo suyo.

Con motivo de estas crónicas el autor tuvo su rifirrafe con Altamirano; pero éste, no tuvo mayores consecuencias.

Sus jóvenes amigos, opositores al gobierno como ya dijimos, fraguan un complot para derrocarlo, pero el movimiento fracasa y, como Amador figuraba entre los conspiradores, se ve obligado a esconderse en una casa de la misma capital y poco después, huye de la misma disfrazado con vestido de mujer para no ser capturado por la policía. Anda varios días a salto de mata y logra, después de una larga travesía, caballero en una mula trotona, alcanzar la frontera de Costa Rica. Será ésta, de ahí en adelante, su segunda patria.

Nada de extraño tiene para nosotros los nicaragüenses que José Amador Uriza, en lugar de permanecer en Managua trabajando en su profesión, se enrole en un movimiento revolucionario y vaya al destierro. Entre la juventud nicaragüense de aquella época, y aún en la hondureña, era connatural el interés por esta clase de aventuras. Casi todos los jóvenes de esa generación tomaron idéntico camino, como lo habían hecho en el pasado las anteriores. El móvil que los llevaba era el de lo inesperado, en busca de peligros en los cuales se arriesgaba no sólo la pérdida de la libertad individual, si fracasaba la empresa, sino también hasta la vida misma podía perderse; pero como anidaba en sus almas la virilidad, no escatimaban la vida si lograban triunfar los ideales que los impulsaban en esas peligrosas aventuras.

Todos los de esa inquieta época, sufrieron calamidades y molestias y muchos otros fueron obligados a expatriarse por largos diez y siete años; y esta misma fue la suerte que cupo a nuestro entonces joven escritor.

Durante ese largo exilio Amador y sus amigos, intentaron una y otra vez sin desilusionarse, luchar sin descanso en favor de sus ideales por conquistar el poder perdido en 1893, hasta que por fin, en 1910 lograron el ansiado triunfo y pudieron retornar a la patria.

Amador ha sido maestro en El Salvador y en Costa Rica. Aquí trabajó más de 16 años como Ingeniero Civil; fue Director de Escuela en Puntarenas y Profesor en el Colegio de Señoritas de San José. En esta última labor adquirió méritos por su competencia, su eficacia y la dedicación con que se entregó a ella, como lo había hecho cuando estudiaba en el Instituto Nacional de Occidente.

Ha sido, pues, un trabajador activo en su profesión de Ingeniero Civil, e impartido la luz que irradiaba de su cerebro a muchos estudiantes centroamericanos. Al regresar a Nicaragua en 1911 formó parte del gobierno de don Adolfo Díaz; más tarde, fue enviado como Secretario de la Legación de Nicaragua a San José de Costa Rica; y en varias oportunidades, tuvo a su cargo la misma legación, desempeñando todos esos delicados puestos, con acierto, distinción y cultura.

En este volumen van de primero los artículos que el lector podrá apreciar enseguida, salidos de la pluma de este inteligente y ameno escritor nicaragüense.

A nuestro juicio, bien vale la pena de leer estas páginas; en primer lugar, por la elegancia y claridad de su lenguaje, lo movido de las escenas que su autor nos ofrece y, el humor con que condimenta sus interesantes relaciones; todas ellas, basadas en sucesos históricos y algunas ven hasta hoy por primera vez, la luz pública.

Cabalmente, el mérito de la obra literaria de Amador, descansa en lo auténtico del relato, ostentando en ella los dones de su espíritu y la superioridad de su inteligencia al

presentar los sucesos; con ese peculiar rasgo de nuestro efusivo temperamento que en él se vuelve gracia fácil y fluída para mantener la narración animada.

En “El drama de doña Damiana”, en “El Milagro de San Miguel”, en “El Toro Amarillo” y en “Algunos recuerdos del general Domingo Vázquez”, Amador nos da todo gráfico, acontecimientos, costumbres, modalidades e individuos que él ha tomado de la vida real y presenta con naturalidad. Recorriendo esas páginas entra el lector en ese mundo misterioso e inquietante que ha sido y es todavía, el ambiente de la vida centroamericana. Quien lea esas estampas se formará una idea cabal de cómo han vivido, actuado y luchado, en los últimos años, la mayoría de estos dos pueblos: Honduras y Nicaragua. La vida novelesca y aventurera de esos hombres en sus sangrientas luchas civiles; —a veces dice el autor, éstas revisten carácter sanguinario y de barbarie; pero sin objetivo alguno, nos atrevemos nosotros a decir. Toda esa brega en su mayor parte, ha sido impulsada por alcanzar el poder o por mantener éste; pero en ellas no se agotaron los recursos ni se escatimó el espíritu valeroso ni el temple de esas almas varoniles aun en la hora del desengaño o frente a la derrota.

Amador pinta, con frases de vívida expresión, al tipo vengador de Doña Damiana, incansable ésta hasta satisfacer su odio contra el matador de su esposo; goza ella, al lograr sus insanos deseos, con satánico frenesí.

En la patética narración de “El Milagro de San Miguel” nos ofrece el temperamento dulce del indio Tiburcio, protagonista de esta verídica historia. El indio enamorado e iluso, pero noble, grato a su patrona, entrega su vida por salvar la de sus antiguos amos y de la muchacha que lo había despreciado.

En el “Toro Amarillo”, vemos la figura ilustre del Marqués de Aycinena, irónica, dejando caer de su pluma sentencias que aún hoy día —a pesar de haberse pronunciado hace más de cien años— tienen actualidad y permanecen latentes en este maremágnum que ha sido y será la política centroamericana.

La figura señera del Gral Domingo Vázquez sale de la pluma de Amador con sus altos relieves como lo fuera ese gobernante hondureño, severo y probo, cuando tuvo en sus manos el gobierno de su patria. Es entre los políticos de su época, la suya la de mayor relieve. Hidalgo con su enemigo vencido; ordenador, altivo y valeroso al frente de sus tropas; impasivo y estoico a la hora de la derrota. Recuerda la personalidad del Gral. Vázquez el tipo del varón descendiente de los colonizadores españoles, recto y justo, como lo fuera también años antes ese otro hondureño don Cornelio Moncada, personaje de la historia del Milagro de San Miguel. Llega Moncada, en el momento psicológico, montado en su brioso corcel blanco, a socorrer a las afligidas familias de Tegucigalpa cuando las hordas de feroces indios, aullando, intentan asaltar la ciudad, para satisfacer sus bajas pasiones de saqueo y de violación a las mujeres. Amador nos ofrece a don Cornelio Moncada como un caballero cruzado, intrépido y valeroso.

Con toda justeza podría aplicarse el calificativo de épicas a las narraciones de Amador, como las de otros episodios nacionales de Centro América. Episodios ocurridos en aquellos pueblos donde sus hombres actuaban con denodado valor en ese ambiente trágico que ha caracterizado su vida por más de un siglo.

- Las pasiones, las vehemencias y los sentimientos de esas dos razas: la de descendencia española y la del indio aborigen.

Todos esos caracteres pasan a nuestra vista dibujados con mano maestra por el autor de esos sucesos históricos, con toda su realidad y su gesta. Nada de ficción hay en esos relatos. Son todos los actores de carne y hueso, palpitando en esas escenas, escritas con sus hazañas, heroicas unas, bárbaras otras; escenas del drama histórico centroamericano, trasladadas por su autor a páginas llenas de vivacidad y realismo, adornadas de estilo ameno, y por qué no decirlo, también con su pimienta y su sal ática, cuando el caso lo pide. Hay en algunas de esas relaciones de Amador, el humorismo tan peculiar de nuestros escritores.

Esto del humor es otra de las raras cualidades de esa gente, idiosincrasia quizá; pero existe viva y latente en ellos y la tiene también el escritor nicaragüense.

En medio de las desgracias y los pesares en medio de la lucha y a su paso por las peligrosas rutas de la selva, el nicaragüense como el hondureño, no olvidan su buen humor y chancean cuando el peligro de ser capturados por el enemigo es mayor, o dejar la vida en un momento, en esas imponentes montañas tupidas y boscosas o en los llanos inmensos donde los rayos solares muerden con furia sobre cabezas y espaldas, y difícil de encontrar árboles para el abrigo o agua para calmar la sed. En "El Milagro de San Miguel", Amador nos da cuadros de esos mismos campos de lucha, en dos brochazos admirables; "la tierra se teñirá de intenso rojo, contrastando con el violeta del firmamento. Rojo abajo, azul arriba". La risa, sin embargo, brota ahí alegre o burlona, sin miedo al peligro. Ese es el temperamento de los que se lanzan a la lucha por ideales bien o mal discernidos y se entregan en brazos de lo desconocido e imprevisto. Por ahí hemos andado nosotros también; letrados, hacendados, ricos, jóvenes de buena educación y cultura, todos abandonan las comodidades del hogar o del club, para ir revestidos de quijotes en busca de la Dulcinea del Toboso y se encuentran con Molinos de Viento y con batanes, como el Caballero de la Triste Figura, buscando al enemigo encantado a quien deben derribar. Vemos en otros párrafos del mismo Amador, cómo el mismo General Vázquez se reprocha a sí mismo el andar en esas extrañas andanzas, que lo hace exclamar ante el General Medal su leal subalterno: "Vea qué desgracia la mía; yo, un hombre civilizado, tener que andar persiguiendo indios por los riscos de mi patria". Así hablaba un hombre que había estudiado y viajado cómodamente por los Santos Lugares de Palestina, por Europa y por Sud América. ¿No es esto una irrisión del destino?

Figuran también en este volumen, las memorias íntimas de José Amador Uriza. En ellas relata las peripecias de su primera aventura en Managua en 1896, amenazado por el gobierno y por uno de sus compañeros en el complot. Cuando yo leí por primera vez esa historia, sentí que mis nervios se crispaban. También nos deja las experiencias del desterrado en el exilio, vagando por largos diez y seis años en El Salvador, en Costa Rica. Es una obra plena de interés y de detalles íntimos. Todo ahí es auténtico y de muchos conocido. Al leerla pareciera que se trata de un cuento, de una ficción o de una novela, tal el cúmulo de sucesos espeluznantes y las dificultades que encontró en sus andanzas de emigrado y de revolucionario.

La lectura de esas memorias producirá en nuestros medios, no lo dudamos, conmoción por la tragedia que en ellas se nos presenta; de esa vida inquieta y palpitante del emigrado, buscando el medio de salir avante en sus empresas, y de sus anhelos por retornar al terruño.

No queremos extendernos más sobre estas memorias: ellas hablan por sí solas, y el lector después de su lectura, podrá apreciar su valor literario e histórico. Pero a qué se debe todo ese esfuerzo para obtener al final, desgaste físico, sangre que se vierte y tiñe el suelo, fortunas que se pierden, en las aventuras del ambiente centroamericano? Nadie podría respondernos en buena lógica. Lo único que podemos nosotros pensar es que llevamos en nuestro ser, la sangre de los conquistadores españoles, que arribaron hace siglos a estas tierras: es el atavismo ineludible. Estos aventureros nos legaron sus virtudes y sus vicios. Y pasarán siglos, quién sabe cuántos, para que se elimine de nuestra sangre aquella herencia. Porque, todo eso de intensas luchas civiles, no es otra cosa sino una gran aventura, en la que hay que perder más que lo que se puede ganar. Las cosas vuelven a quedar como estaban antes de la lucha y muchos podrán decir como aquel filósofo al abandonar la vida: "La dejo peor de como la encontré".

Pero ahora viene la eterna paradoja. Estos mismos hombres que van a esas luchas, también son amantes del trabajo. Forman parte de montoneras con los arreos típicos del sabanero de las haciendas, o bien, se presentan en un salón de baile ataviados con

elegante prestancia. Hay entre esa y la otra actitud un raro contraste que no podrá resolverse con palabras.

Lo único que a este respecto podemos afirmar es, que tenemos imaginación, sentimientos y emociones que nos impulsan hacia esos dos diferentes senderos: el del trabajo y el de la revolución; y cada uno se afilia a su bando político.

Asimismo, cuando se trata de escribir como lo hace Amador en estas páginas que revistamos, los nicaragüenses toman de su paleta los arrebos luminosos del cielo azul, el negro de la violencia de los huracanes tempestuosos y el verde oscuro de los bosques, para dar colorido a sus cuadros, con la sensación de lo real como ellos lo contemplan.

Eso es, en resumen, el contenido del alma de estos pueblos, moviéndose dentro de un ambiente preñado de incertidumbres y de dramas sangrientos; y cuando la calma llega, y se nos amontonan los años, nos volvemos a encontrar después de mucho tiempo, con este ameno y divertido escritor, el viejo segoviano como lo llamo cariñosamente, viviendo en San José con toda tranquilidad. Al cabo de ambular de un lado para otro, en alas del ideal político de antaño, en busca de descanso, se encuentra con que su querida compañera se queda parálitica y, él mismo, atormentado por pertinaz dolencia. Pero estas desgracias no han ensombrecido el temperamento de su carácter chispeante; siempre tiene a flor de labio una frase burlona, como la tuvo hace cincuenta años, cuando escribía sus crónicas en El Siglo XX de Managua o dejaba escapar en ellas un fino alfilerazo para algún tipo caricaturesco. Y hoy mismo se mantiene con espíritu para recordar las inquietas y pasadas hazañas de otrora y aún para comentar y disertar los sucesos históricos que forman este libro.

Mucho quizá me he extendido en este desvaído comentario; pero la materia lo requería y, todavía pienso, no se ha agotado esta mina en donde se revela con talento e inteligencia, ese pasado histórico que encontramos en los artículos de Amador.

No dudo que las generaciones del futuro cuando lean los artículos y las memorias de José Amador Uriza se formarán idea cabal de la vida de aquella juventud de Nicaragua y Honduras que empezó a vivir a mediados del siglo XIX y alcanzó casi la mitad del siguiente. Verán en esas páginas cómo se luchaba en la montaña bruta, en los pedregales llanos, y en las ciudades en busca de un orden y de una paz que todavía se ven muy lejos.

La obra de Amador —no me cansaré de repetirlo—, sale de la mente de un revolucionario, de un emigrado político, de un maestro, y de un profesional y que también fue útil a la sociedad en que vive, y es honra de las letras centroamericanas.

Laboró en varias tareas; fundó su hogar que le otorgó tres hijos, y hoy, ese personaje que parece salir de las páginas de una novela de Alejandro Dumas, contempla gozoso y con orgullo, a sus tres retoños educados como él, contento y satisfecho además de haberlo conseguido.

Y al final de la larga jornada, no obstante los duros golpes que la inestabilidad de esta vida endereza a veces a unos y otros, se siente todavía con su mente ágil y productora.

Qué más podría esperar este quijote nacido en las inmensas y frondosas montañas segovianas? Después de enfrentarse a los peligros, de experimentar desilusiones y desengaños, trabajando como un esforzado, llega a verse rodeado del cariño de los suyos que le alegran las noches primaverales de los postreros años de su inquietante y movida existencia.

Y yo, pongo punto final a este especie de proemio, pidiendo perdón a mis lectores si los tengo, por haberlos entretenido en elogiar y comentar la obra de este selecto intelectual nicaragüense.

San José de Costa Rica, año de 1946.

# EL DRAMA DE DOÑA DAMIANA

## 1

### PRIMERA JUNTA DE GOBIERNO EN NICARAGUA

A raíz de la Independencia, Nicaragua se vio agitada por feroces convulsiones políticas y revolucionarias, en las cuales tomaban parte, ya el Gobierno Federal, como los estados vecinos —excepto Costa Rica— y que apoyaban al bando de sus simpatías en aquella orgía de sangre y anarquía

La lucha de 1824 fue una de las más encarnizadas, y, así vemos, por ejemplo, que el 13 de Septiembre, es sitiada durante 114 días, la ciudad de León, destruyéndose 900 casas. El número de muertos y heridos es incalculable

El primer Presidente de la Federación, don Manuel José Arce, vino de Guatemala a la cabeza de 500 salvadoreños y puso fin a la matanza

Después de electo Arce como Presidente de la Federación cada uno de los estados Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, procedieron a nombrar sus respectivas Juntas de Gobierno. Nicaragua eligió la suya, compuesta de Manuel Antonio de la Cerda, como jefe y de Juan Argüello, como vice-jefe. Ambos pertenecían a la nobleza criolla de Granada

En 1811 promovieron un movimiento revolucionario en Granada, pero sometidos por las autoridades españolas fueron a purgar su delito de rebelión en las cárceles de Guatemala y Cádiz. Desde la cadena del galeote hasta las más infamantes penas, padecieron los dos personajes que bien pronto, irían a Nicaragua a representar los papeles más sombríos en la historia de ese país

Sin duda, en aquellos antros de horror adquirieron la ferocidad y crueldad de los tiempos bárbaros (1)

## 2

### GOBIERNO DE CERDA

La Administración de Cerda se inició el año de 1825 y su primer decreto, del 25 de Mayo, caracteriza su temperamento y su espíritu de arbitrariedad. Se reglamentaban el baile, las reuniones, las prácticas religiosas y cualquier infracción era motivo de castigos infamantes y hasta de la pena de muerte. En el aspecto fanático se parece al monstruo Calvino

## 3

### PROCESO DE CERDA

El Vice-Jefe Argüello acusó de abusos a Cerda ante la Asamblea del Estado, la cual acordó suspenderlo en sus funciones y entregó el poder a su propio acusador

En Febrero de 1827, Cerda asume el poder en Managua como primer Jefe, e intima a Argüello cese en sus funciones en León. Este no obedece, y, en consecuencia, estalla la guerra civil. Argüello manda en Granada y Cerda en Rivas. El primero era apoyado por la mayoría aristocrática de esa ciudad. Asesina a la mayor parte de los prisioneros, entre ellos gente distinguida como Cuadra y Pineda

## 4

### GUERRA CIVIL A MUERTE

Para dar una idea de la ferocidad de la lucha, salvaje, bárbara, basta recordar que los partidarios de Cerda le presentaban como trofeos las orejas de los enemigos, ensartadas en sus espadas y, según aseguran, en represalia, los secuaces de Argüello hacían lo mismo con las narices de los contrarios. Para completar el siniestro cuadro sólo faltó que, como aquel Jefe bárbaro, exigieran botín de ojos a los vencidos

## 5

### NUESTRO PROPOSITO

Es imposible apuntar tantos incidentes como hubo en esa contienda: sublevación de Ordóñez, intervención del General Arce en favor de Cerda. Así lo refiere Morazán en sus memorias, al punto de mantenerle mil rifles con un señor Policarpo Bonilla (será ascendiente del ex-presidente hondureño?) Nuestro propósito es simplemente presentar a la heroína de nuestra narración, doña Damiana Palacios de Gutiérrez, quien tiene derecho a ocupar un lugar prominente en la galería de las heroínas de todos los tiempos, en

(1) Don Manuel Antonio de la Cerda y don Juan Argüello nacieron en Granada, ligados por muy cercano parentesco. En 1811 organizaron una de las primeras rebeliones contra el gobierno peninsular. Triunfaron en la ciudad, pero fallaron en el resto del país. El gobierno colonial mandó fuerzas desde León a batir a los rebeldes granadinos. Hubo combates en las calles con muchas bajas de ambas partes. Intervino el cura de Granada y se convino en un tratado de paz que daba garantías a los sublevados, pero el Capitán General de Guatemala don José Bustamante no aprobó el convenio y ordenó procesar a todos los comprometidos. Sentenciados a muerte, fueron indultados y condenados a presidio en las cárceles españolas.

un plano histórico y justo, y no casquivana y hombruna como la pinta el historiador Jerónimo Pérez (Véase al final del apéndice algunos apuntes históricos)

## 6

### CASANOVA

A principios de 1828, apenas organizado el gobierno de Cerda en Rivas, arribó al puerto de la Independencia (hoy San Juan del Sur) un buque mercante cuyo capitán era el señor Venemeli que tenía fama de buen militar. Le propusieron de parte de Cerda el mando de las armas, y se excusó por los compromisos de su oficio, pero, en cambio, recomendó a un joven guayaquileño que traía a bordo, militar con prestigios de gran estratega, adquiridos en las guerras colombianas don Francisco Casanova, quien fue aceptado al momento, por la carencia de jefes militares en aquella época.

Casanova tenía 22 años, de pequeña estatura, pelo amarillo oscuro, ojos azules, de finas facciones y muy amable trato.

## 7

### GUTIERREZ Y DOÑA DAMIANA

Dos años antes habían llegado a Rivas el doctor Rafael Ruiz de Gutiérrez, venezolano, acompañado de su esposa, doña Damiana Palacios. Dice Jerónimo Pérez en sus estudios biográficos

“El doctor era un médico famoso, tanto más que a sus profundos conocimientos, añadía una caridad extrema”, y es admitida en los recuerdos de los rivenses la proverbial cooperación de doña Damiana en el verdadero apostolado que su marido ejercía en el desempeño de su profesión, y sostienen que era muy querida por la bondad de su trato. Su porte varonil lo calificaba don Jerónimo de audacia, y sus actitudes, como pasiones de un hombre!

## 8

### NOMBRAMIENTOS DE CASANOVA Y GUTIERREZ

La llegada de Casanova fue recibida por Cerda como un auxilio bajado del cielo en su lucha contra Argüello, de modo que huelga decir que el joven militar fue colmado de grandes atenciones y halagadoras promesas. Inmediatamente es nombrado Comandante General del Ejército, y como segundo, aunque no era militar ni le atraía la carrera, al doctor Ruiz Gutiérrez.

Como era natural, aquel joven de elegante porte marcial, culto, afable, se convirtió en el ídolo del ejército, y el niño mimado de la sociedad.

Gutiérrez ya tenía arraigados prestigios de cariño y consideración, de modo que los dos eran columnas de sostén para el gobierno de Cerda, a quien servían con fidelidad.

## 9

### LA DELACION

Los altos militares de Cerda, lastimados del ascendiente que habían adquirido los colombianos, resolvieron perderlos y, al efecto, le hicieron creer al dictador que esos individuos eran agentes del Libertador para anexionar a Nicaragua a Colombia. Es de sentido común lo absurdo de la imputación por la posición geográfica de Nicaragua y por los grandes problemas que los políticos neo-granadinos, tenían entre manos, pero, para Cerda, católico fanático, que desde que supo que los militares eran masones les retiró su favor, era muy fácil convencerlo que aquellas tenidas y aquellos ritos extraños, eran parte del complot de anexión.

## 10

### ARRESTO, PRISION Y FUSILAMIENTO

Las logias en Rivas y Masaya, y las reuniones secretas, sirvieron como evidencia de traición. Lo que había de verdad, era, que pretendían anexionar las logias a lo que en jerga masónica se llamaba “El Gran Oriente de Nueva Granada”, de modo que el equívoco favoreció la indigna acción de los delatores.

Cerda ordenó, en consecuencia, el arresto de Casanova en Masaya y la prisión de Gutiérrez en Rivas, los que fueron condenados a muerte como traidores. Murieron con valor y gran presencia de ánimo.

Dice Jerónimo Pérez “Doña Damiana puso en juego todos los recursos del ingenio femenino para inclinar a Cerda al perdón, pero en vano”, la sentencia estaba escrita y no podía borrarla. “El vecindario sentía profundamente a Casanova, pero más a Gutiérrez, que por su profesión era estimado del pueblo. Doña Damiana, cambió la ternura (con qué, Señor Pérez doña Damiana abrigaba ternura?) en furor, y los trabajos domésticos en seducciones revolucionarias, y sólo se conformaba viendo correr la sangre de Cerda sobre la de Gutiérrez y Casanova, humeante todavía”.

Y qué otra cosa quería don Jerónimo que hiciera esa mujer, a quien llama injustamente, “viva, astuta, seductora que entretenía una corte de adoradores de que el presunto esposo se complacía mucho”.

Y este gran don Jerónimo, es uno de los mejores historiadores de la tierra de los lagos!! Véase apéndice histórico.

## 11

### LA VENGADORA

Doña Damiana juró vengar a su marido a quien idolatraba. Como una moderna Rosamunda la mujer de Albonio rey de los Lombardos, puso en juego todos los encantos femeninos que poseía en sumo grado, para inducir a la rebelión al jefe de la guardia de Cerda.

Su hora había llegado. Hierática e impasible, personificación de las Furias, creía oficiar en el altar.

de la justicia, más que sacerdotisa de Temis, era la diosa de la venganza (1)

## 12

### LA CONSPIRACION

Felipe Argüello era el jefe militar que mandaba la guardia de Cerda. A la seducción de Doña Damiana, se agregaba que había sido subalterno de Casanova y quizá hermano masón. De modo que no era humano que aquel hijo de Marte y descendiente de Nicarao resistiera mucho tiempo, ni el roce de la amplia crinolina y, mucho menos, la fascinación de aquellos ojos negros, encendidos de odio y de pasión. Como había consternación por los fusilamientos en todas las clases sociales, el ambiente era propicio para cualquier conspiración contra Cerda.

Y, así, el 7 de Noviembre de 1828 éste es sorprendido en su propia casa, reducido a prisión, y sometido al infamante y torturador suplicio de los grillos.

Doña Damiana por una satisfacción felina asistió al acto del engrillamiento y clavando su mirada en la víctima le dice: "Conoce Usted esos grillos?"

Sí, contesta Cerda con fiereza, son los mismos que llevó su marido a quien fusiló junto con Casanova por traidores, y estaba bien puesto y ahora no, porque soy víctima de una intriga vil.

El 27 de Noviembre Cerda fue juzgado por un consejo de guerra y fusilado a las dos de la tarde.

Dice el historiador Pérez que doña Damiana se lanzó "en medio del motín a darle un abrazo a Felipe Argüello, quien le dijo: "Está logrado lo que deseabas, y pone en su boca palabras impropias de la cultura de Doña Damiana, ni oportunas para el lugar y el momento trágico. El condenado marchó al patíbulo, descalzo, diciendo "fuera pompa" y murió con valor y serenidad.

Mandó llamar a su pequeño hijo antes de sentarse en el banquillo de ejecución, para recomendarle que ni procurara vengarlo ni odiase a sus victimarios.

Por la intervención de una mujer, quedaba Argüello dueño de todo el gobierno.

El primer ministro de Argüello se dirigió inmediatamente a Rivas. Parece que, para la sublevación, ella estuvo en inteligencia con Arellano, árbitro de la situación, cuya intimidación —que posiblemente fuera indispensable para el logro de sus fines— dio el fruto de una hermosa niña que fue educada como hija en

(1) Albonio rey de los lombardos mató a Cunigundo rey de los gépidos y se casó con su hija Rosamunda. En una orgía la hizo beber en una copa hecha con el cáñamo de su padre. Quedó sellada la muerte de Albonio. Para realizarla Rosamunda buscó dos socios, uno a quien entregó su mano, y otro a quien dió su amor. Consumada la venganza, se unió al primero, pero no tardó en cansarse y lo mandó asesinar. Siguió viviendo con el segundo, a quien también quiso suprimir. De acuerdo con el romano Longino, exarca de Rávena, le ofreció un veneno; pero la presunta víctima, apenas lo hubo gustado, sospechó la realidad y la obligó a beber el resto, muriendo ambos a un mismo tiempo. Esta es la única émula que he encontrado en la historia para Doña Damiana, con la diferencia, que ésta puede decirse santificó su venganza, mientras que la otra la envileció.

casa de los señores Montiel. Refieren en Granada, que la llamaban familiarmente "la hija de la venganza". Casada con un joven Montiel a los 15 años, tuvo una hija, que más tarde se llamaría doña Pepa, casada con don Nemesio Martínez, de Rivas, vicepresidente de Nicaragua en 1916 en el gobierno del General Emiliano Chamorro.

## 13

### LA BESTIA QUE MATA

Antes de la ejecución llegó una orden del gobierno de Granada para trasladar al reo a esa ciudad, sin duda para ver a su enemigo vencido y humillado. Doña Damiana, temerosa que la víctima se le escapara de las manos, mandó preparar la acémila que lo conduciría, con los aperos que se ponen bajo el aparejo (1), provistos de agudos clavos. Como llegara contra orden de marcha y, sí, la de fusilación, doña Damiana mandó a un peón que retirara la bestia. Montarse éste sobre el aparejo, y dar el animal enfurecido un enorme corcovo que lanzó al infeliz a larga distancia, desnucándose, todo fue uno. Aseguran que doña Damiana muy consternada sufrió un síncope.

## 14

### EL CRIMEN DE LA PELONA

Otro incidente doloroso. Por orden del gobierno se trasladan los reos políticos del régimen caído a Granada. Entre ellos había gente distinguida y hasta amigos del marido de doña Damiana. Una vez en las cárceles de Granada, los 8 prisioneros engrillados y confundidos con los reos comunes, so pretexto de que había una conspiración contra ellos, se dispone trasladarlos a San Juan del Norte. El oficial encargado de la ejecución de la orden, embarcó a todos los presos que encontró en la cárcel. La barca de Caronte zarpó del Lago rumbo al río San Juan, pero al pasar frente a un islote escarpado llamado La Pelona, fueron desembarcados, masacrados, arrojándolos al lago con sus grillos y sus cadenas, y, así en macabro espectáculo rondaban por las orillas del lago como mudos pero elocuentes testigos del nefando crimen. (1)

(1) Se llama aparejo un artefacto para carga, que consiste de cuatro patas convexas que se amoldan al lomo de la bestia y debajo los aperos, generalmente de esteiras o trapos.

#### (1) LA PELONA

Existen muchos documentos sobre el crimen de La Pelona, publicados por Pérez, Gámez y otros tantos historiadores. Entre éstos está la relación del doctor don Arturo Aguilar bien documentada (Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua, tomo 2-Nº 3-1936).

El autor es descendiente de una de las víctimas de La Pelona, el Lic don Juan Francisco Aguilar, jurisperito graduado en la Universidad de San Carlos de Guatemala y persona prominente social y políticamente. De ese escrito tomamos lo siguiente:

#### "EPITAFIO"

Patriotas sensatos y piadosos  
En esta tumba yeta descansamos  
Las víctimas de Argüello y suplicamos



## CERDA, ARGÜELLO Y SUS CRIMENES

Argüello se fue también a Rivas a gozar de su triunfo y organizar el gobierno de la ciudad. A su regreso a Granada su primera disposición ordenaba el sobreseimiento en el proceso que el Comandante Flores había iniciado contra los presuntos criminales de la Pelona. Esto vino a confirmar la sospecha de que la orden del asesinato emanó directamente de Argüello. Se le atribuyen también otros actos criminosos, como el asesinato del Comandante interino de Granada, don Antonio Sandoval Vado, cuando iba a su confinamiento, apuñaleado bárbaramente. Tal lo afirman Pérez y el Doctor Emilio Álvarez que estudió con cuidado el Proceso de La Pelona y Vado.

Sobre Cerda pasan los fusilamientos apuntados y otros que él llamaba paternalmente castigos. Me ha llamado la atención el juicio de un historiador jesuita (1).

Comentan en Granada que cuando don Juan Argüello estaba en trance de muerte, le dijo al sacerdote que lo auxiliaba "Padre, me acosa en el momento de morir el crimen de Urías, me devora Padre"— En Granada creen que se refería a los fusilamientos de Cerda y Casanova, pero yo no encuentro relación ninguna, pues el crimen de David, que había seducido a la mujer de Urías, consistió en mandar con Urías una carta a Joab, que dirigía el sitio de Rabba, para que lo pusieran en el lugar más peligroso y lo desamparara y lo mataran como sucedió. Es un misterio saber a lo que realmente se refería.

## 16

Después del fusilamiento de su marido, doña Damiana, llorando su desventura, pasó algún tiempo en Rivas, sin que la energía de su carácter pudiera hacer desaparecer de su semblante la tristeza ni mitigar la amargura de su corazón. Por fin emprendió el viaje a su tierra nativa, no se sabe cuánto tiempo es-

Oréis por nos al Todopoderoso  
Nombre eterno forme de nuestra historia  
Aquesta inscripción de gran memoria.

En las orillas del lago de Nicaragua a  
28 de Enero de 1829.

### "LOS ASESINADOS"

Después de muchas discusiones por la prensa, se da como absueltos de complicidad en el crimen de La Pelona a Aiellano y al padre Vigil.

- (1) Dice un jesuita autor de la Cartilla Histórica de Nicaragua: "Manuel Antonio de la Cerda fue un hombre de costumbres muy puras, de ideas profundamente cristianas, de grande energía de carácter, muy amante de su patria y exento de ambición. Los defectos que le atribuyen con justicia, fueron una falta de tacto político y el no haber reprimido con todo empeño la crueldad de alguno de sus subalternos. La figura en resumen es de las más nobles de nuestra historia". Nuestra impresión es, la de un hombre duro, terco y fanático, de la estirpe del Monstruo de Ginebra en el aspecto arbitrario, aunque con menos pecados. Sus decretos del 25 de Mayo en León y el de Rivas, son modelos de barbarie.

tuvo, ni ella lo supo, porque un pedazo de su alma que dejó en Nicaragua absorbía todos sus pensamientos.

Quiero verla, decía continuamente hasta que un día de tantos, resolvió regresar a Nicaragua.

Navegando en el bravo Atlántico, durante sus noches solitarias, cómo pasarían en fantástico tropel por su atormentada imaginación, las trágicas visiones del fusilamiento de su esposo, el indio desnucado, la ejecución de Cerda y los gritos de desesperación de los mártires de la Pelona!

A medida que la barca avanza y se acerca a las playas nicaragüenses, su angustia crece y el corazón no palpita, sino que golpea todo su ser.

Por fin tocan sus plantas la tierra donde ha sufrido y querido tanto, pero, Oh! crueldad del destino, súbitamente queda ciega!

Un toldo de tinieblas le cierra la vista de la tierra que buscaba.

Y, tendiendo las manos hacia la inmensidad del cielo, en muda imploración, cayó desplomada sobre el ardiente rescoldo de la arena.

Se ha dicho que un individuo en un momento de pánico puede encanecer de pronto, pero en Doña Damiana, quizá la vista de las aguas del río y el trabajo lento de su tortura, contribuyeron, quién sabe por qué fenómeno, a apagar la lumbre de sus ojos.

Tal vez el mismo río le trajera recuerdos del inquieto lago que, azotado por sus propias olas, era la imagen viva de sus pensamientos, también azotados por un cúmulo de recuerdos dolorosos, de angustias, de penas y de remordimientos, lo que produjo aquella explosión de sombras que ya no le dejarían volver a contemplar los resplandores luminosos de los soles granadinos.

Inmediatamente doña Damiana ordenó el regreso a la tierra nativa.

## 17



## TEMPESTAD BAJO UN CRANEO

La frase hugoniana "tempestad bajo un cráneo", me parece la más adecuada para caracterizar el conflicto, espiritual y físico, de Doña Damiana. Es algo formidable para cualquiera, y más para una mujer.

Decía Shakespeare, hablando de la venganza: los molinos de los dioses, muelen despacio, pero siempre muelen. El molino de la justicia de doña Damiana trabajó con celeridad, pues apenas transcurrieron pocos días para que el asesino de su marido ocupara el mismo patíbulo de sus víctimas.

La ceguera de Edipo, de una grandeza trágica, provocada por él mismo, en un acto de desesperación, infunde pavor, críspa los nervios; es casi un acto brutal.

En el caso de Doña Damiana el interés consiste en lo que contiene su pasado. Sin nada de leyenda—como historia, y como materia interesante para un análisis de la tremenda lucha empeñada entre la psiquis y la complicada máquina cerebral (1).

- (1) Edipo. Hijo de Layo y de Yocasta, rey de Tebas, vivió en el siglo XX a.J. Mató a su padre sin saber que lo era; se casó con Yocasta sin saber que era su madre y llegó a ser rey de Tebas. Al descubrir los

## LA PARTIDA DE DOÑA DAMIANA

Si no fuera el escenario inadecuado y los personajes humildes, podrían dar estos sucesos motivos a un Shakespeare, un Balzac, pero, con todo, pese a don Jerónimo Pérez, se sienten pasar por nuestro espíritu alientos de Sófocles soplos de tragedia griega

La infortunada reina de Escocia, viuda de Francisco II de Francia, tiene que abandonar el país, y de brazos apoyada en la cámara de popa comenzó a derramar lágrimas, dirigiendo siempre sus hermosos ojos hacia el puerto de Calais de donde se ausentaba, repitiendo muchas veces estas tristes palabras "Adiós Francia", con el presentimiento terrible de que no la volvería a ver

Doña Damiana se embarca en el puerto de San Juan del Norte, sin tener el consuelo de la reina mártir, de ver, ni el puerto, ni las costas de la tierra que buscaba anhelante, porque una cortina de tinieblas se lo impedía. Solamente se advertía en aquella imagen del dolor el gemido angustioso "Adiós Nicaragua!!! jamás volveré a verte!!!!"

Adiós!!! Y, este último, lanzado al espacio llegará quizá como un ósculo al ser más querido de su corazón

## DONA PEPA

Pasan los años y no sabemos más de nuestra heroína. Su nieta doña Pepa, bella, gentil, culta, como dijimos antes casó con don Nemesio Martínez de Rivas. Tuvieron numerosa y honorable descendencia.

En Rivas ejerció doña Pepa con verdadero señorío y distinción, sus dotes de gran matrona, de filantropía y virtudes. Todavía se la recuerda con verdadero cariño.

Doña Pepa conservó como un tesoro o secreto de familia la correspondencia de su madre y algunos documentos de aquella época, que nadie conoció, y al morir, ordenó que la enterraran con todos sus papeles. De modo que para la verdad histórica no nos queda ningún documento, pues el proceso de Casanova y Gutiérrez, se quemó en un incendio. (1)

## La ACTITUD DE LOS MASONES

Las Logias de Masaya y Rivas se pusieron en movimiento para tratar de salvar la vida de los colom-

enores cometidos se anancó los ojos, renunció a la corona y se recluyó en un lugar oculto de su palacio, pero sus hijos lo expulsaron y vivió errante sin más apoyo que su hija Antígona. Sófocles se inspiró en esta leyenda para su notable tragedia que al ser representada, ocasionó el alumbramiento inmediato de las mujeres encinta, que asistían a la primera representación

- (1) La descendencia de doña Pepa fueron varios hijos, mujeres y hombres muy estimados en Rivas, de los cuales, apenas queda un varón.

bianos, de un injusto cadalso, pero todo esfuerzo se estrelló ante el inflexible verdugo, sin embargo quedó en el corazón de todos ellos el rencor y el deseo de venganza. Doña Damiana explotó hábilmente esa actitud, máxime porque la generalidad vio con repulsión el atentado, de modo que, para sus designios, todo le era propicio

## CONCLUSION

Lector amabilísimo

Si he tenido el buen suceso de que hayas leído estas páginas, habrás advertido, que, si mi esmirriado entendimiento no te ofrece en ellas exquisito manjar de buen decir, abunda, en cambio, en el sentimiento caballeresco de volver por los fueros de una dama que, aunque vilipendiada por el historiador nicaragüense Jerónimo Pérez (Chombo Pérez), ocupa un puesto culminante, indiscutible y de gran trascendencia en la historia patria. Tan de gran trascendencia, que simplificó el problema de la guerra, facilitando la llegada de Dionisio Herrera, que puso fin al gobierno de Argüello. Herrera, hondureño, fue electo Jefe del Estado de Nicaragua, y su primera disposición fue decretar la expulsión de Argüello a Guatemala. En esta ciudad don Juan libró el último combate de su vida, en un misérrimo Hospital y en el mayor desamparo e indignancia. Sic transit

## APENDICE

Don Manuel Antonio de la Cerda y don Juan Argüello nacieron en Granada, ligados por muy cercano parentesco. En 1811 organizaron una de las primeras rebeliones contra el gobierno peninsular. Triunfaron en la ciudad, pero fallaron en el resto del país. El gobierno colonial mandó fuerzas desde León a batir a los rebeldes granadinos. Hubo combates en las calles con muchas bajas de ambas partes. Intervino el cura de Granada y se convino en un tratado de paz que daba garantías a los sublevados, pero el Capitán General de Guatemala don José Bustamante no aprobó el convenio y ordenó procesar a todos los comprometidos. Sentenciados a muerte, fueron indultados y condenados a presidio en las cárceles españolas.

## DATOS HISTORICOS TOMADOS DEL HISTORIADOR GOMEZ

Ordóñez — Cleto Ordóñez era un mestizo de Granada de carácter astuto, intrigante y emprendedor. Doméstico del Obispo de León. Se distinguió como artillero. Estando en El Salvador, llegó a León y se puso a las órdenes de Argüello, que lo recibió muy bien, pero, desconfiando de él, le dio orden de desocupar el territorio. Ordóñez se sublevó, y Argüello tuvo que huir al Salvador. Dueño de León, Cerda lo atacó y, aunque este no obtuvo ninguna ventaja, una sublevación despojó a Ordóñez del mando. Regresa Argüello y se pone a la cabeza del ejército. Cerda era simpático a los guatemaltecos, y don Mariano Aycinena, le mandó por medio de su agente Pío José Gómez, auxilio de dinero, y según refiere Morazán en sus Memorias, el General Arce, íntimo de Aycinena, ayudó a

Cerda con mil rifles, que llevó el comisionado Policarpo Bonilla De modo que ahora mandan, Argüello en León y Granada y Cerda en Managua, Rivas y Jinotepe En Managua, no soportando las exacciones de Cerda se sublevan, y éste se organiza en Rivas Aquí dio otro decreto tan sangriento y terrible como el del 25 de Mayo (?) Pena de muerte para todo, especialmente para los que quisieran comunicarse con la plaza, sin excepción La patraña de la denuncia contra los colombianos sólo podía contarse a un hombre ignorante de la situación geográfica de los respectivos países por el poco valor de Nicaragua en aquel entonces y la

situación de Bolívar que se encontraba en guerra con el Perú, pero todo fue creído por Cerda al pie de la letra

Se instruyó en consecuencia un proceso secreto y, creyendo comprobada la culpabilidad, Cerda se confesó, ordenó testamento y se dirigió a Masaya donde se encontraba Casanova con el ejército Una vez en Masaya, hizo formar sus tropas, las arengó y mandó despojar allí mismo y reducir a prisión a Casanova poniendo en su lugar a Francisco Baltodano Envió en seguida un correo a Rivas para que prendieran a Gutiérrez

## EL MILAGRO DE SAN MIGUEL

Los acontecimientos que vamos a narrar acaecieron en la ciudad de Tegucigalpa a principios de los setentas

La ciudad, sita en ambas riberas del río Choluteca, está rodeada por una serie de colinas que ascienden hasta llegar a los cuatro grandes picos, La Leona, El Picacho, Juana Lainos y El Berrinche, que se elevan, que se yerguen altivos hasta 300 y 400 metros sobre el nivel de la plaza Se comprende que estas moles, atalayas del valle, hayan sido los sitios codiciados en todas las contiendas guerreras por aquellos que han pretendido dominar con las armas aquel suelo centroamericano, desde los tiempos precolombinos, anteriores a Lempira, intrépido guerrero, cacique de indómita tribu, hasta nuestros días —y seguirán siéndolo

Aunque de toda la tierra hondureña se puede decir lo mismo, al hablar de estas posiciones cabe la expresión de que no hay una sola pulgada que no haya sido ensangrentada en las luchas fratricidas de los hijos de Lempira

Una y otra vez, los cristalinos arroyos que descienden de sus faldas se han empurpurado, de tal suerte que el pueblo ha llegado a creer que el ocre de sus márgenes se debe a la sangre que por ellos ha discurredo

En esos cerros, a fines del siglo pasado, el Gral Domingo Vázquez sostuvo un sitio de 30 días, con exigua guarnición, de la que formaban parte los 80 músicos de la filarmónica, contra las diez veces superiores fuerzas de Zelaya, hasta que emprendió, con un pequeño destacamento, su famosa retirada a El Salvador, allí también, hace muy poco tiempo, sostuvieron cuarentas luchas las huestes conservadoras del General Carías, actual Presidente de Honduras, contra los liberales del Gral Reina Sólo Dios sabe cuantas cuarentas luchas presenciarán impasibles en el curso del tiempo

Desde lo alto de esas cumbres se admira un grandioso panorama La ciudad atravesada por una cinta de plata, el río Choluteca, y los blancos edificios como nidos de palomas en las pintorescas colinas Dijo el poeta Palma

“Tegucigalpa allá asoma,  
Como nido de paloma  
En una rama florida”

Para la época de nuestra narración, la ciudad era esencialmente colonial Hoy, en las modernizadas estructuras, se advierte todavía el gusto por la amplitud y comodidad solariegas, en contraste con la estrechez, con todas sus elegancias arquitectónicas, de los nuevos edificios

Así, las casas principales, residencias de familias de origen español, con sus tejas de arcilla roja, con sus ventanales, artísticamente enrejados de hierro labrado, rejas tiradas a la calle como en espera de la cita amorosa o del coloquio andaluz, presentaban con sus balcones adornados de claveles, la idea risueña de una pequeña Sevilla enclavada en las honduras de Honduras

Era, aunque no la capital, asiento de linajudas familias de origen español, todas dedicadas a sus negocios y vida hogareña en medio de las zozobras y angustias en que se mantenía constantemente el país, por los movimientos militares que provocaban caudillos de todo linaje, blancos y negros, zambos y mestizos

Una de esas casas era la de la familia Vázquez, amplia y con grandes apartamentos no tanto para la familia, que no era mucha, como por la numerosa servidumbre y el alojamiento imprescindible de amigos y parientes

Doña Juana era, como dicen, el alma de la casa, y su porte de gran Señora, al par que bondadosa, le granjeaba la estimación y respeto de cuantos la trataban Era hermana del Gral Vázquez, a quien aludimos anteriormente De modo que le venía de casta su temperamento varonil y su tranquilidad y sangre fría en medio de las mayores tribulaciones Tenía un poder dominador que residía en su mirada penetrante que imponía respeto y subyugaba voluntades, al propio tiempo que lo aseguraba afecto y admiración Por algo decía el historiador hondureño, Rómulo E Durón, que por las venas de los Vázquez circulaba sangre de conquistadores aludiendo a Don Juan Vázquez de

Coronado y su hijo Don Gonzalo, que recorrieron todo el territorio centroamericano, desde Guatemala hasta Costa Rica, y don José Vásquez Priego fundador de los fuertes de San Fernando, en Omoa y San Juan

De la numerosa servidumbre de Doña Juana, mencionaremos, por ocupar un lugar en nuestra historia, al indio Tiburcio y a Clara, niña blanca, ambos huérfanos, habían sido criados como hijos de casa, lo que implicaba el cumplimiento de darles educación religiosa y algunos conocimientos, como la lectura en el Catecismo de Ripalda, la escritura y el contar. La niña llega a ser considerada como miembro de la familia mientras que el varón siguió en condición de criado

El mozo, de 20 años, aunque mestizo, tenía facciones correctas y varonil compostura. Su ocupación predilecta, además del servicio usual, consistía en llevar ramos de flores a los santos de la próxima iglesia de la Merced y, los domingos, en colocar en el templo el reclinatorio de Doña Juana y la alfombra de Clarita

De índole suave, servicial y corazón bondadoso, era querido de todos los de la casa

Clara, mocita quinceañera, era la niña mimada de su patrona. Graciosa, dulce, cariñosa, era, si no una belleza, una criatura encantadora, por su sonrisa que descubría unos dientes como perlas, aprisionados en una boquita de labios rojos

Como era natural, la convivencia y el trato familiar constante, iban despertando en el corazón de Tiburcio un sentimiento más que fraterno, que al fin y al cabo, como la pequeña chispa que lentamente se aviva y se enciende, vino a culminar en la llama que devora y consume, pero su natural timidez y el profundo respeto que profesaba a la casa no le permitían manifestar sus sentimientos de otro modo que por medio de cuidadoso, delicado y asiduo servicio a la dueña de sus pensamientos. Clarita tomaba esto como tributo obligado a su posición y a las grandes cualidades inherentes a una cuidadosa educación

Había observado que Saturnino, cholo mocetón y simpático encargado de los establos, dirigía bromas picantes a las criadas, con mucha desenvoltura, y que la recia masculinidad del caballero hacía gran efecto en ellas.

Tiburcio se propuso usar los mismos procedimientos de aquel don Juan pueblerino. Repentinamente cambió de actitudes, su mirada de mansedumbre se transformó por arte del encantamiento de Cupido, en un mirador tierno y apasionado, su voz adquirió timbres distintos y, en vez de la turbación que antes le cohibía, asumía actitudes de conquistador afortunado

La perspicacia femenina de Clarita notó inmediatamente el cambio operado en el ánimo del mozo. Con indulgencia y quizá con lástima observaba aquella transformación que tal vez la divertía

Un día de tantos la encontró sola arrellenada en un sillón, con un libro en la mano. Haciendo acopio de valor y con voz entrecortada se fue hacia ella y le habló de sus angustias y esperanzas, que todo su amor era para ella. Una declaración en toda forma

La niña escuchaba asombrada al Tiburcio humilde convertido en galán de aventuras, y como él hiciera algún movimiento para acercarse, ella se levantó aira-

da y se fue resueltamente a poner a Doña Juana en autos de lo que ocurría

Incontinenti, la señora llamó al indio, que llegó con el corazón palpitante y en actitud de ajusticiado, pues comprendió inmediatamente que la tempestad se le venía encima. Con la mirada fija en el suelo, Tiburcio oyó la admonición y reprimenda. Doña Juana lo hizo notar que su comportamiento no era leal con la casa que le daba abrigo, que era falta de respeto a una hija de ella, pues como tal la consideraba, y le puso de relieve su condición precaria para atreverse a lo imposible. El culpable, anonadado y con lágrimas en los ojos nada decía, su ama, advirtiendo la turbación y la congoja, le tuvo lástima y, suavizando el tono de su voz, le dice: Bien, Tiburcio, ya lo sabe, váyase a sus quehaceres y pórtese como siempre ha sido, bueno y fiel

Tiburcio salió aturdido bajo el peso de tan inmensa desgracia. Sus ilusiones, un castillo de naipes. El convencimiento de su inferioridad. La imposibilidad de realizar su sueño. Descompuesto, abatido, se metió en su cuarto y, sentado con los brazos cruzados, dio rienda suelta a su llanto

De repente, como quien toma una decisión en un trance difícil, se levantó, se puso el sombrero y se encaminó a la iglesia

Como dijimos anteriormente, todos los domingos y días festivos llevaba al templo el reclinatorio de Doña Juana y la alfombra de Clarita. Después de acomodarlas en su lugar se arrodillaba al lado de un retablo donde estaba colocada una imagen del arcángel San Miguel al óleo. Era un cuadro antiquísimo, un desastre artístico, de colores chillones, pero que, con sus grandes dimensiones, representaba, aunque groseramente, un soberbio caballo blanco de enarcado cuello, apoyado en las patas y con las manos en el aire en actitud de saltar. La imagen, envuelta en manto rojo, cabalgaba con ecuestre gallardía, empuñando una gran espada que, levantada, parecía la tizona del gran Manchego desafiando al cielo, a la tierra y al abismo. Si en lugar de espada le hubieran puesto una lanza, se habría convertido en un San Jorge matando al Dragón.

Tiburcio se quedaba absorto contemplando al santo patrono de la ciudad encargado de su defensa, aunque de vez en cuando distraía la mirada hacia la otra imagen grabada en su corazón que rezaba con verdadero fervor en su perfumado devocionario. Con paso vacilante se dirigió a la imagen de sus arrobamientos místicos. Los celajes vespertinos iluminaban el cuadro y presentaban al arcángel con irradiación fascinadora que conmovía intensamente todo su ser. Se arrodilló y con verdadera unción musitó quién sabe qué ruegos, qué confidencias de penas y qué protección esperaba de su invencible espada

Reconfortado su espíritu por el sortilugio de la fe, llegó a su estancia y, en la penumbra, iba acomodando en una manta su pobre indumentaria y, con delicadeza y cuidado, la dulzaina que guardaba como reliquia por ser obsequio de Clarita, a la que, de vez en cuando, arrancaba melodías que sólo él sabía quién se las inspiraba

Huir, huir, lejos, muy lejos, del teatro de aquella escena que tan hondamente conmovió su vida, era su

firme resolución. Antes del alba estaba en camino, atravesó el puente Mallol, echando la última mirada a su querida ciudad.

Sin rumbo, tomó el camino que va al occidente, pasó arroyos, torrentos y ríos, entró en la selva tropical, aspiró el aire embalsamado de los pinares, y jadeante, agitado de su larga caminata, se recostó a descansar a la vera del camino. El cansancio le dio un sueño profundo y reparador.

De pronto, como fantasmas del averno, un grupo de unos 25 indios andrajosos, unos armados de fusiles y otros de machetes curvos, de caballos hirsutos y semblantes patibularios lo levantaron brutalmente, lo registraron minuciosamente y lo despojaron de todo lo que llevaba. Era una avanzadilla del enemigo que distaba de allí unas cinco leguas.

Después de deliberar sobre la suerte del avanzado, el jefe ordenó remitirlo al campamento, custodiado por dos soldados.

Lo que más sentía Tiburcio era su dulzaina que ensayaban con sus bocas sucias aquellas caricaturas humanas. Rogó mucho que le dejaran su instrumento, pero la soldadesca estaba encantada con el hallazgo. El jefe ordenó que lo devolvieran, diciendo a la tropa que allí no estaban para músicas. El dueño respiró de satisfacción.

Con las manos atadas a la espalda y una cuerda que sostenía un indio, emprendió la marcha. Hambriento y cansado tenía que soportar el maltrato de sus custodios y la fraseología cínica e insolente que oía por primera vez.

Entre burla y burla, denuestos y brutalidades, uno de los indios que lo conducían le dice: Si nos tocas algo, te soltamos una mano. Bueno, responde, pero me estoy muriendo de hambre, tengo dos días de no comer. El otro sacó de una bolsa sucia un puñado de maíz tostado y una tira de tasajo que el prisionero devoró con avidez, pues no había probado alimento desde el día de la reprimenda, en los ranchos que pasaba no encontraba ser viviente todos habían huído al aproximarse el enemigo. Complaciendo a sus custodios, cogió la dulzaina y procuró con su música ablandar el corazón de aquellos bárbaros y, en efecto, cambiaron como por encanto.

Preguntado sobre su peregrinación y encuentro en aquel lugar, les explicó que andaba huyendo porque le atribuían un delito que no había cometido, dio algunos detalles ficticios de su vida y otros pormenores que interesaron a los indios, estableciéndose así una especie de familiaridad compasiva.

A poco andar, encontraron un grupo de caballería que andaba robando ganado caballar y vacuno y, después, una patrulla que saqueaba las viviendas y llevaba el botín al campamento.

El cautivo oía espantado de boca de sus verdugos la narración espeluznante de todas las criminales heroicidades que habían cometido, tanto ellos como sus compañeros: robos, asesinatos, violaciones, con todo el lujo de la barbarie inmisericorde, episodios que evocaban entre horribles carcajadas.

Por esos días el gobierno de Honduras estaba presidido por Don Celeo Arias, pariente político del Gral Vázquez. El país estaba en la agitación y tarea

de sofocar levantamientos sediciosos y sublevaciones por todos los ámbitos de la República, y al propio tiempo se veía amenazado por intervenciones armadas desde Guatemala y El Salvador. La dispersión de fuerza en tantos frentes obligaba al gobierno a dejar indefensa la plaza de Tegucigalpa.

El General Barahona, llamado por sus crueldades "EL TIGRE DEL CERRO", sublevó a los curarenes, indios aguerridos y feroces, contra el Presidente Arias, dominó todo el territorio hasta el Pacífico y sus hordas cometieron los más horribles crímenes, pese a la activa campaña del General gobiernista Ricardo Streber, a quien, por su audacia y valor, apellidaban "EL TIGRE DEL GOLFO".

Barahona organizó una horda de miles de indios, con escopetas, machetes y lanzas, y los hizo marchar hacia Tegucigalpa. Acamparon a unas ocho leguas de la ciudad, con el objeto de completar la organización previa al ataque. Establecido el campamento en ese sitio, el Coronel que lo mandaba se apresuró a requisar bestias y bastimento, con la intención de atacar dentro de tres o cuatro días.

A este campamento llegó el infeliz Tiburcio casi desmayado, en momento en que el jefe, con ayuda de un amanuense, estaba en la tarea de dar órdenes a cada uno de los cabecillas. Sometido a un minucioso interrogatorio, el Coronel pensó sacar partido del prisionero, por los datos que pudiera suministrarle, y, como sabía escribir le puso a la mano pluma y papel y empezó a dictarle: "Capitán Fulano, ataque la calle tal y, después de tomar lo que tenga más valor, remita al campamento a todos sus ocupantes". Por este tenor eran las distintas órdenes, que eran entregadas personalmente a cada jefe.

Cuando le dictó "calle de la Merced", donde estaba situada la casa de la familia Vázquez, donde vivía Clarita, un estremecimiento de horror sacudió todo su cuerpo, que no pasó inadvertido por el cauteloso Coronel, quien le preguntó: Qué le pasa que está tan pálido? Señor contestó el atribulado mozo, tengo tres días de no comer y me siento mareado.

Está bien, en cuanto concluya, ordenaré que le den de comer, agregó el militar.

Terminada la tarea, llamó a un ordenanza para que le condujera a un cobertizo que servía de proveeduría y le diera alimentos.

La preocupación de Tiburcio era abrumadora. Lo primero que se le ocurrió fue avisar a su patrona para que se pusiera a salvo. Sacó el pedazo de lápiz que le diera el Coronel y en un pedacito de papel escribió algo que ocultó en el bolsillo. Pero, con quién mandarle? Uno de los indios que le trajeron entró a decirle adiós y le contó que su manta de lana chapina la estaba usando el teniente.

Al lado había unos indios devorando tasajo que masticaban con maíz crudo. Otro indio que volvió a la avanzada, se reía del texiguat que comía maíz crudo.

Tiburcio regresó ante el Coronel para continuar la tarea. Por las disposiciones que tomaba éste, se enteró de que el destacamento se pondría en marcha por la tarde para acampar a una legua de la ciudad, tomar posiciones y preparar el asalto a la plaza.

Al amanecer, la campana del cabildo, echada a vuelo, llenó de pavor a los habitantes de la ciudad —mujeres, ancianos y niños, porque los hombres de armas estaban en los diversos frentes. Era el aviso de que la plaza estaba en peligro y el llamamiento a defenderla. De imprevisto se oyó el grito de "LOS INDIOS" y viejos, mujeres y adolescentes corrieron al cabildo, donde el Alcalde, don Miguel Lardizábal, distribuía las pocas y casi inservibles armas de que disponía y ordenaba improvisar trincheras en el cerro de la Moncada, que dominaba la vega del río desde donde ya comenzaban el ataque los indios. Era de ver a esas pobres gentes amontonando piedras y palos, tras los cuales se guarnecían, fusil en mano, muchachos y mujeres jóvenes, mientras sus padres les distribuían el parque.

El pánico cundió y el éxodo de la gente acobardaba a las haciendas vecinas, buscando refugio, producía una confusión espantosa, pintándose en los rostros la consternación y el pavor.

La casa de Doña Juana se vio invadida por la multitud de mujeres, unas le rogaban acompañarlas en la huida, otras le pedían amparo. Con la entereza que les habló hizo que todas se quedaran. Les infundió ánimo y les dijo que, si aumentaba el peligro, se irían al vecino templo de la Merced donde la Divina Providencia las libraría del oprobio de caer en las garras de los salvajes. Todas llanas de sublime fe, se arrojaron en oración, tal vez sin oír el estruendo de la lucha. Cuando ésta arreció, se fueron a la iglesia, donde podían socorrer a los heridos pues allí se había improvisado un Hospital de sangre y se había hecho provisión de víveres para muchos días.

Una de las haciendas próximas a la ciudad pertenecía a don Cornelio Moncada. Este tenía a la sazón unos 30 años, de próspera presencia, atlética contextura, rubio el cabello y la barba, y el refinamiento de hombre acaudalado y de esmerada educación, imponía respeto y simpatía. Era reputado intrépido y valeroso y con su marcial continente, era la personificación del caballero cruzado, hermoso, imponente y dominador. Era, por decirlo así, el prototipo de la raza conquistadora, con todas sus virtudes y vicios.

Los Moncadas formaban tronco de un linaje de origen español, con ramificaciones tanto en Honduras como en Nicaragua. Las principales familias del Ocotlán son Moncadas y hasta hubo un Presidente, el Gra'l Don José María, hijo de don Nemesio Moncada, quien emigró de Masatepe a Honduras y se casó en León de Nicaragua.

Cuando le llegó, a reventar cinchas, un mensajero con la nueva del inminente peligro de Tegucigalpa, recogió todas las armas de las haciendas vecinas, de fuego y blancas, que distribuyó entre su peonada y otros que iban presentándose.

Pudo reunir y armar un contingente de hombres resueltos, acostumbrados a obedecerle, y con ellos correr en socorro de la desesperada ciudad.

Ensilló su blanco corcel, con silla mejicana reluciente de plata labrada y vistosas riendas con artísticos adornos del mismo metal.

Había amainado el asedio, porque los indios se entregaban al saqueo y asesinato de los moradores de

los suburbios. Para juntarlos las trompetas no cesaban de tocar llamadas. Esto y la estentórea gritería de aquellos energúmenos, verdaderos aullidos de demonios encarnados, se oía claramente en el poblado. Para amedrentar a los defensores, el cabecilla hizo avanzar un pelotón haciendo descargas, y así ganar tiempo para recoger y organizar la dispersa chusma.

Tiburcio, machete al cinto, también gritaba, a fin de infundir confianza, pues su propósito era desertar para ir a defender los seres que le eran tan queridos.

Por fin llegó el momento del ataque decisivo y fiero. Era un día luminoso, de sol radiante y cielo intensamente azul. La diafanidad de la atmósfera realzaba el cambiante verdor de las pintorescas colinas. Quién diría que dentro de pocos momentos la tierra se teñiría de intenso rojo, contrastante! Rojo abajo, azul arriba. En el cielo, el arco iris con toda la policromía del espectro solar. Pero no el arco iris de la paz, sino el arco que lanza las flechas siniestras de la muerte.

Avanzan impetuosamente como poseídos de furia infernal. Los defensores se mantienen firmes haciendo brechas con certeros disparos, pero era abrumador el número de los asaltantes.

Llegado el momento crítico, atruena montes y valles una nota marcial. Era que don Cornelio para anunciar que llegaba auxilio tocó la corneta con que llamaba a sus peones. Los claros ecos del clarín guerrero volaron a las filas de los buenos como palomas mensajeras de triunfo y, a la guarida de los réprebes, como aves negras mensajeras de muerte.

Ambos bandos esperaron la inmediata llegada de refuerzos, presentimiento que se cambió en certeza al ver aparecer sobre el cerro de La Moncada, a don Cornelio, a la vanguardia de su tropa, jinete en un gran caballo blanco, espada fulgurante a los rayos del sol, majestuoso e imponente. Tiburcio, desde la vanguardia, fue el primero en ver la fantástica aparición y con voz atronadora y toda la fuerza de sus pulmones, grita: "San Miguel viene a defender su ciudad, veánlo en su caballo y con su espada, huyamos!" El grito de Tiburcio se extiende por todas las filas del enemigo como un reguero de pólvora y, en presencia del desconcertante espectáculo, se persuaden de que efectivamente viene a salvar la ciudad, como patrono y defensor.

El pánico cunde, la confusión crece, el terror contagia a todos y enloquecidos y aterrados emprenden desordenada fuga, al compás de infernal gritería, arrojando las armas y abandonando a sus heridos.

La tropa defensora se lanza a la persecución, haciendo estragos en las hordas indígenas, cada vez más aterrorizadas.

Las mujeres salen de su asilo en la iglesia, provistas del equipo indispensable de emergencia —una improvisada Cruz Roja— y llegan al escenario de la tragedia a confortar agonizantes, curar heridos y sepultar muertos. El campo ofrecía un espectáculo macabro. Por todas partes se veían, agonizantes, confundidos hombres y bestias.

De repente una mujer exclama: "Aquí está Tiburcio". En efecto, era el cadáver del pobre mozo, con un agujero en la frente aún manando sangre.

Miraba al cielo con ojos extáticos, como implorando al Altísimo Algo salía del bolsillo Era un papelito sucio, arrugado y apenas legible y que una vez descifrado decía

"Patroncita, huyan por Dios, que los indios curarenos van a atacar la ciudad para robar todo, hasta las mujeres, huyan a las fincas, al monte, pero no se olvide de Clarita

Tiburcio"

Se cumplió con la obra de misericordia de darle cristiana sepultura y quedó señalado sitio para luego colocarle una lápida, que bien merecía aquel corazón generoso

Repican las campanas, ruge el cañón con salvas triunfales, se canta un Tedeum, y otra vez reina la paz

## ANDANZAS REVOLUCIONARIAS

Estaba en León cuando se levantaron los leoneses en 1896 contra Zelaya, lo mismo que Pedro Calderón. Nombraron agente confidencial ante Policarpo Bonilla a Adolfo Altamirano de quien yo era compañero de Colegio e íntimo amigo

Pedro me dice —Engancháte con Adolfo para el viaje para hablar con los amigos de Vázquez Así fué Salimos de León a Chinandega donde Chico Calvo nos dio peón y bestias La impresión que llevábamos era pesimista Chico Valladares Calvo y Joaquín Sansón nos dijeron que había que convencer a Bonilla de que Ortiz no sería el factor omnipotente, es decir, casi nos dijeron que después del triunfo lo eliminarían Ortiz era el general en jefe del ejército leonés

De Choluteca telegrafiamos a Bonilla Ya estaban en esta plaza organizada expedición y armamento como de ochocientos hombres La contestación de Bonilla fue, que según informes del doctor Ricardo Contreras que había llegado, sabía que los leoneses fueron derrotados en Nagarote y que casi a todos los generales leoneses, los habían asesinado la tropa que huía en un desbande espantoso, que León estaba en una anarquía tremenda, y era verdad, la tropa que huía, después de la batalla de Nagarote, al querer detenerla los jefes, los asesinaban Perecieron el General Santiago Pastora, el General Francisco Valladares Bone y otros tantos El General Ocón que asesinó a Bone fue fusilado por Chico Baca, que era el presidente provisorio de la República, como rezaba en su sombrero cubierto con una ancha cinta colorada que llevaba ese aviso

El día que llegamos a Tegucigalpa fuimos al Palacio Presidencial a presenciar la salida de Manuel Bonilla jefe de las fuerzas que iban para Nicaragua en apoyo de Zelaya De la baranda de un segundo piso del Palacio contemplamos a Manuel Bonilla, un negro de pelo ensortijado, dominando una mula fortísima y bravía Total regresamos con las cajas destempladas Yo no pude hablar en Tegucigalpa con los Vazquistas más que con el doctor Medal, y éste no me dijo nada en concreto Saqué en claro que no podían hacer nada los vazquistas ante la situación militar de Honduras Llegamos de regreso a León A los pocos días entraron las fuerzas del gobierno de Zelaya al

mando del General Páiz, de Elizondo, de Alberto Rivas, de Enrique Díaz, los Correas, Reuling, Emiliano y otros Pedro Calderón quiso organizar los jefes conservadores para dar un golpe a Zelaya que ya estaba en León Los conservadores apoyaron a Zelaya contra los leoneses La mayor parte estaba de acuerdo menos Emiliano y Rivas Me acuerdo que Rivas dijo "Yo no mancho mi espada con una traición" Este Rivas era hijo de don Ansención Paz Rivas y se llamaba Alberto Rivas

Páiz no decía ni que sí, ni que no En fin, Pedro fracasó en el plan de León

Yo me dediqué con varios jefes leoneses a comprar armas a la tropa derrotada Así fue como conseguí 100 revólveres que me quitaron cuando el segundo fracaso de Pedro Calderón Este se dedicó después a conspirar, ayudado por los agentes de Iglesias, Beeche y don Francisco Castro, (1) hermano de don Zenón, quien tenía una finca en Jinotepe

Pedro estaba furioso porque no pudo hacer nada con los militares conservadores y su conspiración la hacía con la exclusión de los granadinos

En León contaba con un núcleo bastante grande dirigido por el Coronel Manuel Aguilar, don Leopoldo Montenegro y los Gutiérrez Navas En Matagalpa Luis Vega y sus amigos En Managua en lo militar tenía a Reuling a Leonidas Correa, jefe del campamento de Momotombo, y en el cuartel al Coronel Félix Aguirre que era jefe de una sección de artillería En Jinotepe a Toko Reyes, que aseguraba poder llevar 200 hombres a Managua rápidamente

A Félix Aguirre lo mataron después en Tisma en 1910, cuando Emiliano fue cercado

En Managua los agentes más activos eran Juan de Dios Matus, el Padre Matus, el Capitán Arias, Julián Mantilla, un muchacho Midence y otro que llamaban el teniente Irías Todos obedecían a Chico Huete que en casa de Pedro era conocido con el nombre de "el cura Felipe" y así daba órdenes en secreto masónico

Por último se fijó para un día, el 17 de Septiembre, creo, de 1896 la fecha del movimiento Pedro

(1) "El pelón".

alquiló la casa que daba frente al Cuartel de Policía, supongo que era de don Federico Solórzano, donde puso una venta de harina. El General Rivas estaba detenido en la policía, era el encargado de esa sección que pegaba al cuartel.

El plan era así. Leonidas Correa con sus 150 hombres de la Momotombo entraría al cuartel que le abriría Félix Aguirre, el padre Matus tomaría la torre de la Iglesia, Toño Reyes vendría con sus hombres a colocarse en unas tapias que daban al costado sur del Palacio Nacional. Aquí también teníamos a Atiliano Torres que manejaba un cañoncito.

En el campamento de Leonidas Correa estaba un ahijado de Zelaya, quien indudablemente era el espía oficial de Leonidas. Yo traje con las armas a 20 muchachos leoneses, que recibió Juan de Dios Matus para alojarlos no se dónde.

Todo estaba dispuesto para las dos de la mañana. Fernando Larios era el encargado de manejar a los leoneses.

Es lo cierto que a la hora indicada el padre Matus estuvo en la torre de la Iglesia, Toño Reyes con Miguel Arias en las tapias del sur del Palacio, pero la clave del golpe era la llegada de Leonidas. Quién sabe que imprudencia tuvo Leonidas con el ahijado de Zelaya, éste desapareció del Campamento y como a las cuatro de la mañana supimos que Leonidas había sido capturado y llevado a la Peni. Nunca supe la forma en que lo capturaron. A Rivas le pusieron grillos, a Pedro lo capturaron en la mañana y como a las 12 llegaron presos los granadinos que no sabían nada.

Qué bravos se pusieron los conservadores de Granada cuando averiguaron que la intentona era obra de Pedro Calderón.

Salió a relucir de allí en adelante que Manuel se había cogido los soles que le habían mandado al Salvador para un movimiento revolucionario, y decían después en Granada que mentar a Calderón era como mentar al Diablo.

Las pistolas que yo había llevado y que no se pudieron distribuir, las deposité en casa de una tía mía, madre de los Zelayitas, comerciantes de Managua.

Yo me quedé en Managua entendiéndome con don Chico Castro. Hacía viajes con frecuencia a Corinto a dejar la correspondencia que iba para Iglesias.

Los leoneses que yo había llevado los tenía de reserva Juan de Dios Matus. Me encontré con don Chico un día y me dice: "Venga acá" fuimos al Almacén de Chamorro y Díaz. "Vea, me dice, "esos leoneses que usted trajo son una brasa para mí y para Matus".

Este los tenía amontonados en un cuarto y querían irse o salir a cualquier parte. "Vaya, continuó, "donde Matus y le dice que digo yo, que escoja entre los leoneses unos 4 ó 5 de los más resueltos y al jefe inmediato de ellos, un tal Aguilar, dele a entender de lo que se trata y es lo siguiente: "Todos los jueves entre 10 y 11 de la noche Zelaya va a visitar una querida Ocotaliana que está en tal parte. Va sólo con un oficial".

En tal punto 2 muchachos detienen el coche, otros dos se entienden con el oficial y el cochero, yo me

las arreglo con Zelaya para llevarlo en mi coche a una casa que le tengo preparada".

Pero don Chico, le contestó: "Usted no sabe que Zelaya es un toro, un atleta?".

Pero yo soy más, me contestó. Vea estas ganancias. Y me extendió de veras unas manazas de pantera y me contó algunas historias de las correrías que con sus hermanos hicieron en Alajuela y San José.

En la hora fijada por él yo estaba con 5 hombres apostados en un punto, y el coche de don Chico algo más distante.

A mí, el cuerpo se me hacía carne de gallina. Así estuvimos hasta las cuatro de la mañana. Repartió don Chico una plata a los hombres y me dijo que me entendiera con ellos y procurara despacharlos ese mismo día, —y nos despedimos—.

El Almacén Chamorro y Díaz, era el punto de cita de los conspiradores, porque todos los Díaz estaban en el movimiento a espaldas de don Salvador Chamorro.

Casi todas las conspiraciones que tienen muchos hilos, fracasan, pues uno que falle, compromete a los demás.

Don Chico Huete tejía demasiado fino, y era algo teatral. Para conversar con él, vestido de sotana, en un cuarto oscuro ponía una lámpara cuyo reflector le daba al interlocutor en la cara. Yo lo que hacía cuando iba era voltear la lámpara para otro lado, que a él no le gustaba.

Bien. Una vez de regreso de Corinto me fuí a dormir al cuarto de Adolfo Díaz en una hamaca. Antes de acostarme, Adolfo abrió el almacén por el lado de la calle y salimos con dos cervezas por la puerta del interior, por casualidad, porque no era esa la costumbre, me desvestí y me acosté en la hamaca.

Serían las 12 cuando oímos un gran tropel de caballería, y que tocaban la puerta.

Preguntó Adolfo quién era, y le dijeron: la policía.

Adolfo, con mucha sangre fría, me dice: Entra al Almacén y lo trancas por dentro.

Recogió mis zapatos y ropa y se fue a abrir la puerta. Eran unos 40 de caballería. Rodearon la casa y registraron el interior minuciosamente. Para el Almacén les dijo Adolfo no se podía porque Enrique se había llevado la llave.

Cuando se fueron llega Adolfo adonde yo estaba y me llama, te andan buscando. (El que me había denunciado era Andrés Murillo, Jefe Político de León).

En la mañana, Adolfo y Enrique, fueron a rogar a los Dreyfus, dueños del Almacén contiguo, que permitieran abrir un portón intermedio, botando unos fardos para que yo pudiera pasarme en esa casa. Costó que consintieran.

Me pasaron al Almacén de los Dreyfus al fin, y me encerraron en un cuarto. Casi inmediatamente, hizo la policía un nuevo registro a la casa y Almacén.

Me contaron los Díaz que don Chico Castro llegó alarmado y pidió una botella de cognac y unos bollos de pan para mandarme, agregando: A Amador hay que suprimirlo inmediatamente. Sabe más de la cuenta, no aguanta 25 palos y nos lleva el diablo a todos. Aquí traigo lo que le vamos a echar a la botella.



Fernando Larios que estaba allí se levantó indignado y dijo Amador no le pertenece a usted sino a nosotros, yo lo saco esta noche déjelo en paz Don Chico se fue molesto

La persecución era activísima Rodeada la manzana del Almacén Chamorro y Díaz, vigilados todos los caminos, registradas las casas de amigos como la de Rostrán y de familias que yo visitaba

La empeñosa persecución consistía en que fueron a la casa de mi tía Francisca, madre de los Zelayistas, a preguntar por mí

Mi tía les dijo "que hacía algunos días estuve en la casa, que dejé el equipaje y no había vuelto

Inmediatamente la policía llegó por el equipaje Como encontraron en dos valijas 85 revólveres Colt, un rollo de mecha para cartuchos de dinamita, sin duda se juzgó como el hilo de una gran conspiración, y por supuesto, yo no sé si hubiera aguantado los golpes de vara de Gámez

Muchos amigos censuraron a don Chico y yo creo que tenía razón En el caso de él, yo tal vez habría pensado lo mismo Puede ser doloroso el procedimiento, pero estando de por medio grandes intereses y el temor colectivo como factor principal, yo creo que con Chico estaba en lo cruelmente práctico de esos casos

Años después cuando en Alajuela se estaba muriendo, fui a verlo y me dijo, a propósito del incidente "Si me lo dejan solo, lo despacho sin remedio" "Tenía usted mucha razón", le contesté

En la prisión provisional en que me tenían yo no sabía nada de lo que ocurría

Serían las 8 p m cuando se abrió la puerta de mi cuarto y entró Fernando Larios, con su pera a la francesa, alto, espigado, con su color moreno de *brigand napolitain*, y con acento autoritario me dice, quitate esa ropa, esos zapatos, pónete este vestido azul de soldado, échate al hombro ese manojo de zacate, para lo llaman, y sígueme Como a 200 varas de la casa estaba un coche y me ordena Sube al pescante Allí iba Adolfo Díaz Pasamos por enfrente de los policías, sin que nos molestaran Como en la valija que estaba en casa de mi tía, encontraron un vestido y unos retratos, precisamente con esa indumentaria, que eran unos levitines, cola de pato que llaman, se sacaron fotografías para distribuir las a mis perseguidores

Yo vi una en Belén de Rivas, una que nos enseñó a Marcial Guerra y a mí el agente de policía Flaco, con un semibigote, de levita cola de pato, no era posible distinguir al que llevaba un cotón de jerga de don Manuel Calderón, que me llegaba hasta la rodilla, montado en una yegua, y con sogas propias para lazar Miuras

El coche en que íbamos Adolfo Díaz, Fernando Larios y yo, nos llevó hasta el beneficio de la casa Chamorro y Díaz, donde vivía la hermana de Adolfo, Amelia viuda de Pedro Ortega, sus hijos Adolfo y Lulú Apenas llegamos, me ordenó, el cuáquero, nombre de guerra de Fernando Larios, disfrazarme y como en una especie de embrujamiento, en un silencio o cuchicheo especial, me pusieron una indumentaria de mujer, con un rebocito maloliente de la cocinera, y el estirado

ingeniero Fernando Larios, con voz de mando sigue ordenando Móntate por delante, como mujer con ese chiquillo, toma este revólver, mata si puedes, pero antes de dejarte coger, deja el último para vos Si puedes salvar el retén con el disfraz, estás salvado, porque Salvador Calderon te espera más allá del puesto de vigilancia

Monté, por delante, como mujer y vestido de ídem El muchacho que me llevaba era hijo natural del doctor Ramírez, como de 15 años

La bestia que nos llevaba fue aperada así una albarda ordinaria, el rocín sin freno y la montura sin grupera El chiquillo indudablemente iba bien aleccionado, porque cuando íbamos pasando por el retén, me dice Cante algo o me acompaña, yo voy a cantar "Crecido en años por ver la tierra, cifré en la guerra mi porvenir" y así lo hizo Hacía una espléndida luna, de modo que nos vieron los del retén claramente venir cantando y nos dejaron pasar sin ningún alto, ni quien vive Más bien estaban alegres, fumando y cantando

A trescientas varas encontramos a Salvador Calderón, ansioso, en espera de algo trágico Llegué a una finca, que como a una legua del retén tenía don Manuel Calderón Me dió un chaquetón de jerga estilo guatemalteco y me interné en un potrero a dormir y comer un refrigerio que me proporcionaron en la finca En ésta, era algo peligroso estar, podrían ir a registrar en aquel momento

Vestido del chaquetón, en una bestia aperada a lo sabanero, con mi sogas arrollada a un lado de la albarda cruzamos llanuras hasta llegar a un aserradero de don Alejandro Chamorro, que manejaba un señor Sotomayor, en donde fui atendido como a una persona enferma que no quiere que lo vean Cuánto he sentido no volver a ver a gente que fue conmigo tan hidalga Yo creo que las amistades de los calderones en esos lados contribuyeron a mi seguridad y relativa comodidad

De allí pasé a otra finca, la de don Benicio Guerrero a orillas del estero que da al Lago de Granada, La Estrella

Fui tratado a cuerpo de rey, disfrazado con mi chaquetón y curando a la gente de vez en cuando, con bicarbonato, quinina y píldoras de almidón, pero el aburrimiento de mi incierta situación me tenía desesperado

Estaba recostado un día en el barandal del primer piso de la casa de la finca, contemplando la llanura sin fin, cuando divisé por el ancho camino que conduce a Granada la figura de una especie de don Quijote Era Fernando Larios Jamás he sentido impresión igual de alegría y esperanza Ya no tenía el aspecto de árabe feroz con que me había salvado en Managua, sino que era el cordial compañero, que me traía la noticia de que tenía que esperar en Nandaime algunos días para salir a Costa Rica Con don Diego Manuel Chamorro y don Pedro Joaquín Chamorro, que estaban escondidos y salían pronto Me fui con él a Granada

Luego estuve en una finca de cacao de don Vicente Cuadra, San Antonio, que manejaba su hijo natural Vicente Cuadra Figueroa, en Nandaime,

Cuando estuvo todo dispuesto salí rumbo a Belén cerca de Rivas, a esperar a los compañeros de viaje. Allí vivían los hermanos de Larios, y como ellos estaban al tanto de la salida de los Chamorro, me invitaron para que fuéramos a encontrarlos al camino. Venía de avanzada un señor Chamberlain, don Alejandro, quien al vernos nos mandó hacer alto, apuntándonos con su revolver. Reconocidos, se organizó en seguida el viaje a la frontera de Costa Rica, viaje sin tropiezos por los buenos guías. Llegamos a La Cruz.

El primer telegrama que recibieron los Chamorro fue de Leonidas Plaza, que fue al poco tiempo Presidente del Ecuador. Decía más o menos: Felicitoles por haber entrado a tierra de cristianos.

La emigración nicaragüense en San José, se componía de un grupo considerable de elementos, digamos revolucionarios: Alejandro Chamorro, Diego Manuel y Pedro José del mismo apellido, Clemente Santos, Alfredo Gallegos, Alejandro Cantón, quien hacía algún tiempo residía en San José, Leonidas Correa, Fernando Larios, Pedro Calderón, José Amador U. y otros tantos oficiales.

Pedro Calderón había emigrado algunos meses antes de la llegada de los Chamorro, y en su permanencia en San José, cultivó para sus fines políticos, estrecha amistad con José Cabezas, personaje político muy ligado con el Presidente Yglesias.

Pedro Calderón era ya muy conocido por don Rafael por sus ajetreos revolucionarios en los cuales servía como intermediario don Chico Castro. De modo que a Calderón no le fue difícil obtener, apoyo financiero y promesas militares para un movimiento en Nicaragua máxime que en esos momentos, Zelaya dando apoyo a los revolucionarios colombianos, peruanos y centroamericanos, era una potencia militar, temida por todos, y en especial por don Rafael.

Lograron Cabezas y Calderón que don Rafael garantizara un préstamo de 3 000 libras esterlinas con la casa Bancaria Teodosio Castro. En esos arreglos estaban cuando aparecieron los Chamorro y enterados por el mismo don Rafael de los proyectos de Pedro, con el prestigio de su alcurnia y la autoridad del doctor Cárdenas que estaba en Puntarenas, lograron que se les tomara en cuenta. Para eso se comprometieron a firmar el empréstito de 3 000 libras en conjunto, pero, por supuesto, la casa bancaria se daba garantías especiales con Don Rafael y Cabezas. Se convino también que don Pedro José Chamorro iría a comprar a los Estados Unidos armas y pertrechos de guerra.

Chamorro cumplió su cometido comprando 800 rifles, parque y dos cañones que tenían que ser trasladados y pasar a Panamá y al Pacífico (no había todavía canal). Se logró que todo el material de guerra cruzara el istmo por ferrocarril como un cargamento de bucería, ésta en auge en esos días en la costa del Pacífico de Costa Rica, y consignado todo a José Cabezas.

Para el transporte de esos elementos que iban a desembarcar a los revolucionarios en San Juan del Sur, se fletó un buque de la casa Pinel, que tenía en Costa Rica la explotación de conchaperla.

Por fin se logró embarcar los elementos, bajo la responsabilidad de José Antonio Castro Quesada, her-

mano de Manuel Castro Quesada y sobrino de don Chico Castro hombre valeroso y de mucha serenidad.

Toño Castro ejecutó satisfactoriamente su misión, entregando en la Bahía de Culebra en Costa Rica, el buque a Fernando Larios, encargado de conducirlo a San Juan del Sur junto con Pinel.

Larios dejó el buque al día siguiente solo, al mando de su capitán y bajó a tierra a proveerse de algunos víveres. El capitán entrando en sospechas de que lo que llevaba no era material de bucería, registró las cajas y comprobó sus sospechas. Inmediatamente levó anclas y se volvió a David, en donde dio parte al Gobierno de Colombia, quien mandó capturar el buque y decomisar el armamento.

Calderón se embarcó inmediatamente en su persecución, en una goleta de Pinel y logró alcanzar el vapor anclado en David, y cuando ya había logrado hasta enganchar como jefe del buque al General Alfonso Valle, apareció el vaporcito armado del gobierno de Colombia que venía a capturarlo y conducirlo a Panamá.

Mientras tanto ya se habían dado las órdenes para levantarse en Managua, Jinotepe y Matagalpa el 17 de Septiembre de 1897. El General Páiz con elementos de Managua, entre los cuales se contaban los Elizondos, don Tomás Martínez, Leocadio Morales, Miguel Cárdenas, etc., pasaron por tierra por Rivas en espera del armamento que debía llegar a San Juan del Sur.

Funesto desenlace de los movimientos políticos y militares, que obran sin cohesión y sin disciplina. En esto tuvo mucha responsabilidad don Pedro, pues hizo prescindencia de elementos conservadores para dirigir las operaciones él solo. Por supuesto, todo el peso de las inculpaciones del fracaso cayó sobre Pedro y Manuel Calderón.

Al salir Pedro Calderón de San José, para Puntarenas, con polainas, casco inglés y una blusa casi militar, llegó adonde él Alejandro Cantón y le dice Pedro, vengo en nombre de mis amigos a preguntarte dónde vas? —A la m..., le contestó y lo dejó.

Yo quedaba en San José para cuando él me pusiera un telegrama en clave, diera las órdenes del levantamiento a Managua, Matagalpa y Jinotepe.

Apenas hubo llegado el vapor con las armas a Culebra, me puso el telegrama convenido, y yo dí en clave las órdenes, las fatales órdenes, a Nicaragua.

Manuel Calderón pudo rescatar el buque que había salido con una garantía fuerte a Pinel, que fue depositada en la casa comercial Quelquejau lo que originó un pleito judicial repugnante.

Los conservadores hicieron que el doctor Cárdenas se apersonara como dueño del depósito que estaba en manos de Quelquejau, y entablaron demanda contra Manuel Calderón. Como este había sido el que llevó a cabo los arreglos del buque y la garantía, no era fácil que a una persona como a Manuel le ganaran la partida.

En efecto, al pobre doctor lo colocaron en una situación desventajosa desastrada, al perder la demanda.

Ante don Rafael Yglesias Pedro perdió toda influencia y don Rafael se entregó de lleno a los Cha-

morro y al que se consideraba jefe de la emigración, el doctor Cárdenas. Como Zelaya había alcanzado una preponderancia militar y política amenazante para Centro América, Yglesias dio el apoyo a la emigración nicaragüense y se organizaron para invadir. Esto provocó un estado de guerra entre Nicaragua y Costa Rica. Yglesias levantó un ejército como de 15 mil hombres. La emigración se componía de unos mil hombres.

José Cabezas fue nombrado Mayor General y era el que organizaba, desde el Puerto de Culebra, todo lo concerniente a la provisión y transporte del ejército hasta la frontera.

Yo permanecía en el Sardinal, cerca de El Porvenir, una finca de Cabezas. Este dispuso que se quedara en Culebra una pequeña parte del ejército, del cual fuimos a formar Toño Reyes y otros tantos.

Yo no era bienvisto entre los conservadores por mi calderonismo, pero a mí no me importaba porque estaba respaldado por una fuerza superior.

Nuestra permanencia en Culebra se debía a que allí se esperaba al Cuzcatlán, que venía de El Salvador con armas en auxilio del gobierno de Costa Rica, pero nunca llegó.

En eso ocurrieron las intervenciones amistosas entre los presuntos beligerantes, hasta que se firmó la paz, cuyos detalles don Rafael firmó con gusto, porque le habían dicho que se tramaban movimientos revolucionarios en San José, contra su gobierno, y uno de los rumores más acentuados era que el doctor Ulloa, encabezaría el movimiento.

Es lo cierto que don Rafael se vino volando de la frontera, ordenó la retirada de las fuerzas y embarcarlas inmediatamente. Ordenó también a Cabezas, que se embarcara la tropa sin parque, puesto que a alguna distancia del vapor estaban cuatro grandes lanchones con el parque. Cabezas se entendía siempre con Calderón, sin embargo, no pudo inclinar a don José a darle el golpe a don Rafael en Culebra, operación que le hubiera sido muy fácil.

Viendo Pedro que el parque quedaba aislado del vapor convino con Cabezas en sustraer lo que se pudiera en la noche. Me comisionaron a mí, acompañado de un tal Herculano Montiel y un muchacho segoviano, el Teniente Irúes. La tropa que se iba a embarcar al día siguiente durmió tendida sobre la playa, de modo que la operación era peligrosa, aunque la oscuridad de la noche era favorable.

A las once o doce de la noche nos tiramos a nado a tomar un lanchón más grande en el que terminamos de cargar el parque. Sacamos 80 cajas de tiros Remington, de 1,000 tiros cada caja y salimos a remo a tomar la costa, con mil dificultades porque se nos quebró un remo. Cansados, y yo verdaderamente en estado de agotamiento, empezamos a sacar caja por caja, hasta meterlas en el monte, pero en esa penosa operación que apenas llegó a unas cuatro cajas, nos cogió el día. Dispusimos voltear el lanchón en la orilla de la playa que estaba de alta marea, y nos internamos en el monte. Por dicha nadie se dio cuenta y la tropa que se embarcaba en la mañana no pudo ver nada por la distancia que había al lanchón.

Cabezas mandó en la noche a recoger el parque

e internarlo en la costa, trabajo que encargó a Herculano Montiel y dos peones de confianza.

Herculano, hijo natural de don Herculano Montiel, era de Granada y conocido como Panano por los granadinos que estaba en Puntarenas, y le sopló la aventura del saqueo. Inmediatamente mandaron a Luis Mena quien con una varilla de rifle iba tanteando el terreno hasta que dio con el entierro. Herculano era empleado de Cabezas, y por eso se limitó a vender el secreto.

Luis sacó el muerto y lo llevó a Conventillos. No volvió a saber el paradero ni el fin de tales cartuchos. Lo que presumo es que no sirvieron ni para Dios ni para el Diablo, como consecuencia lógica. Cuando hay desavenencia entre los conspiradores de un mismo partido.

Llegó a tal punto la tirantez, que mantenían un espionaje terrible contra todos los sindicatos del calderonismo. A mí me sustraían la correspondencia. Los pasos de Calderón eran seguidos con diligencia. Una vez, Manuel Antonio Carazo llevó correspondencia de Pedro para sus amigos de Matagalpa y Jinotepe, y un tal Chamorrito, hijo de don José, de Rivas lo siguió hasta la frontera y le sustrajo toda la correspondencia. Pedro decía que se la habían mandado a Zelaya.

Yo me quedé en Puntarenas con Juan Zavala, Quesadita y Toño. Esto era por el año 1900 más o menos. Recibí orden de Cabezas de salir para El Salvador, porque allá me necesitaba Manuel; éste había conseguido promesas de Regalado de ayudar con elementos y gente.

En El Salvador me enganchó Manuel Calderón en la Secretaría Privada de Regalado que estaba a cargo de Simón Arboleda, colombiano. Mi misión consistía en ver que se le pagara puntualmente a 80 leoneses, que estaban en Sonsonate a las órdenes de Godoy y Chavarría.

Tendría apenas ocho días de haber llegado cuando Regalado descubrió una conspiración en que aparecía complicado el Ministro de la Guerra y algunos militares. El Ministro de la Guerra, el General Castro fue fusilado y quedaba por serlo un Sargento Mayor que era indudablemente persona estimada, pues intercedieron por él muchas comisiones de mujeres, patrocinadas por la misma señora de Regalado pero lo más importante era la intervención del Señor Obispo.

Simón Arboleda, el Secretario Privado, se acercó a mi escritorio y me dice, conteste esa comunicación del Obispo. Yo me esmeré en darle al Obispo el tratamiento más adecuado, respetuoso y atento. En la tarde llegó Arboleda, algo tomado de tragos, y me dice con grosería, después de leer la comunicación como se conoce que Usted es cachureco, que le besan hasta el c... a los frailes y me tiró la nota. Yo procuré safarme lo más pronto. Busqué a Manuel Calderón le conté el incidente y le dije que no volvía y me hiciera el favor de comunicarle a Arboleda que estaba enfermo. Manuel me dio la razón.

Pocos días después me encontré con Manuel y me dice, que suerte la tuya, acaban de darle 50 palos a todos los escribientes de la secretaría del presidente por la pérdida de una clave.

Tenía unas clases de matemáticas que daba en un colegio de Modesto Barrios, y como el curso ya concluía, resolví regresar a Costa Rica, no sé si decepcionado o jalado por la novia de Puntarenas, mi actual señora, y como buen náufrago de amor, pongo aquí punto final

nado o jalado por la novia de Puntarenas, mi actual señora, y como buen náufrago de amor, pongo aquí punto final

## ALGUNOS RECUERDOS SOBRE EL GRAL. DOMINGO VAZQUEZ

Con el deseo de complacer a un amigo que me solicitaba datos acerca del General Domingo Vázquez, me dirigí a El Salvador a mi amigo muy estimado Salvador Calderón Ramírez, instándolo, al propio tiempo, a que se pergeñara unas cuantas cuartillas biográficas sobre este interesante personaje de nuestra historia centroamericana

Calderón me contestó inmediatamente informándome de su mala salud y entre otras cosas, me dice

"Indudablemente es una figura colmada de originalísimas biziariías y su honda y compleja psicología podría dar toma para hacer una biografía de corto y sabor moderno, como la que está en boga actualmente y que propende a poner delante del lector la exacta imagen del personaje, dando también la sensación del medio en que desdobló su existencia. Don Domingo tiene magníficos matices en su larga, gloriosa y atormentada vida. Yo no podría intentar semejante labor sino disponiendo de datos y de tiempo, —esto último me falta. Tú podrías efectuar esa tarea. El asunto es tentador"

Si a Salvador Calderón, a quien ya conocemos como escritor atildado y fino cronista, le pone los pelos de punta el asunto, qué no diré y haré yo

Sin embargo, para complacer al amigo que se ha preocupado por reunir datos sobre el General, con justo motivo, daré algunas de mis impresiones de simples recuerdos vividos en Nicaragua, El Salvador y Costa Rica

### UNA INTERROGACION

Al terminar la invasión de Honduras, llevada a cabo por las fuerzas de Zelaya y los revolucionarios de Honduras, acaudillados por Policarpo Bonilla y que culminó con la caída del General Vázquez, todos se preguntaban en Nicaragua, tanto los dirigentes liberales, como los dirigentes conservadores, ¿por qué se le hizo la guerra a Vázquez de modo tan rápido como cauteloso? Esa interrogación la encontré en pie en Nicaragua después de veinte años de exilio que volví a la tierra. A mi juicio, en eso, como en tantos acontecimientos del régimen de Santos Zelaya influyeron poderosamente factores psicológicos inesperados

Sucesos trascendentales para la vida de Nicaragua se sucedieron con rapidez kaleidoscópica desde

1893 en que los conservadores de Granada derrocaron al Dr. Sacasa, y luego, vencidos por las huestes de León al mando de Zelaya. Consolidado el régimen autoritario y esencialmente militar del General Zelaya, Managua se convirtió de repente en el centro revolucionario internacional de todos aquellos que tenían cuentas que cobrar o simples ganas de conspirar contra sus respectivos gobiernos, de Centro y Sud América

Entre los más destacados elementos descontentos de esos países estaban los colombianos, jefeados por Eloy Alfaro —ecuatoriano— Allí con él, Juancho Uribe, Juan Coronel (chileno) (1) periodistas de combate y una legión de coroneles y generales ecuatorianos colombianos y centroamericanos

A engrosar esas filas llegó Policarpo Bonilla caudillo hondureño, que habiendo sido derrotado por el Gobierno de su patria, trataba entonces de derrocar al General Vázquez que hacía poco tiempo había tomado las riendas del Gobierno

Casi todos ellos, intelectuales, periodistas y hombres valerosos, crearon una atmósfera revolucionaria en Nicaragua con sus discursos, sus peroratas y publicaciones que, sin exagerar, en esos días, se vivía en Nicaragua en plena revolución francesa. Policarpo Bonilla llegó a ser por la voluntad de Zelaya, diputado para la promulgación de la célebre Constitución llamada "La Libérrima" y que sirvió de pedestal al despotismo de ese Gobierno. Aquella Asamblea Constituyente, pretendía, estar haciendo las jornadas francesas de Julio del 93, en Francia, sin Bastillas, ni monarquías. Pero la inflamación de los espíritus era evidente. Cualquiera carretonero recitaba con énfasis declamatorio, párrafos del discurso de Juancho Uribe sobre Máximo Jerez. Aquello de "las balas vuelan como palomas mensajeras", "las granadas bellotas de la libertad", llegaron a contagiar al pueblo, al populacho y hasta a muchos señorones de la sede conservadora de Granada, sin saber, por supuesto, que el elogio de la bala y las granadas lo habían hecho el convencional Constantín en una de las sesiones de la Convención francesa, cien años antes, con las mismas palabras

Se notaba el influjo que con su buena preparación adquirió ante Zelaya el Convencional Bonilla. En esa asamblea que llamaban los ecuatorianos-colombianos, hondureños, la Asamblea Nacional Constituyente, des-

(1) Era colombiano y murió loco en Chile.—P. B.

collaban indudablemente por su oratoria y conocimientos Adolfo Altamirano, Policarpo Bonilla, Manuel Coronel Matus y Francisco Montenegro

Yo escribía entonces para un periódico de Managua, "El Siglo XX", unas crónicas que titulaba "Alrededor de la Asamblea" y, Altamirano, una vez me llamó la atención de haber hecho mejor presentación del discurso de Policarpo que el que él pronunció ese mismo día

Refiere ésto, para que se advierta el por qué, sin motivo ninguno, nada más que por la creación de un ambiente artificial, se hacen muchas cosas. Policarpo, acuerpado por Eloy Alfaro y el núcleo colombiano-ecuatoriano eran los árbitros de la política exterior de Zelaya, pues en la interior, con las lavativas con chile y el tamarindo, tenía sometidas todas las rebeldías conservadoras en ese momento. Como si se estuviera formando una escuela nueva de despotismo, circulaban frases de corto ultrarrevolucionario que se ponían en boca del General Alfaro "General Zelaya, al enemigo a la bolsa". "La Constitución al pie de la cureña del cañón" decía Juancho Uribe, Policarpo y Alfaro, llevados por José Dolores Gámez, Ministro de Zelaya, tuvieron una larga conferencia con éste. En los pasillos del Palacio había muchos leoneses y granadinos en espera de los resultados de la Conferencia y aunque no dijeran nada los que salían de ella el hecho es, que se supo en seguida que la guerra a Honduras estaba decretada

En León y las Segovias (así se llamaban Ocotal, Estelí, Jinotega y Matagalpa) el reclutamiento era activo o implacable. Los amigos de Vázquez, entre los cuales citaré el primero, Pedro Calderón, se fue a Granada y a su regreso me informó que habían mandado a Vázquez un expreso poniéndole al tanto de lo que sucedía, esto es, que la invasión a Honduras era inminente. En la ciudad de León se reclutaron casi cuatro mil hombres en pocos días. Había entusiasmo bélico, sin saberse por qué. Se iba a combatir, decía la gente a un ultramontano, a un gran tirano, enemigo de las libertades. Todo en lenguaje colombiano-ecuatoriano. Toda la prensa nicaragüense en manos de la emigración colombo-peruana, aspiraba al humo de los combates de Río Negro en Colombia

Nunca me he podido explicar por qué motivos estos elementos fueron tan entusiastas en la guerra contra Vázquez

El resultado de la misión que se le mandó a Vázquez fue decepcionante. Vázquez no dio importancia a los informes de sus amigos de Nicaragua. Se atenia a las promesas de Zelaya, que le aseguró por muchos conductos que los emigrados hondureños no encontrarían ningún apoyo en su Gobierno. No puedo creer que un Jefe de Estado me diga una cosa y haga otra, les decía a sus amigos

Se invadió por fin a Honduras con diez mil hombres de las fuerzas de Zelaya comandadas por el Gral Anastasio Ortiz y como tres mil que aportaban los revolucionarios hondureños al mando de Policarpo Bonilla. Vázquez apenas pudo en la sorpresa del ataque reunir una pequeña fuerza, pero, ya tomada Choluteca y otras plazas principales, no le quedó más recurso que reducirse a defender la Capital.

Esta cayó después de 30 días de asedio, pues disponía de escasas fuerzas y pocas municiones

Siendo ya inútil la defensa, llamó a sus generales, les expuso la situación y dijo que el que quisiera, sin responsabilidad ninguna, pidiera su baja. Ninguno aceptó. Con 400 hombres rompió el cerco y se dirigió a El Salvador.

## LA PERSECUCION

Esta fue algo terrible, interceptado en todos los caminos por los aguerridos generales de Policarpo, como Sierra y Manuel Bonilla, por los generales nicaragüenses Gutiérrez con 800 hombres, (a) Chocoyito y Portocarrero con 300, tenía que abrirse paso, día y noche en un combate constante y desesperado

Si el escenario de esa lucha no fuera tan minúsculo y los motivos de ninguna grandeza, ni política, ni social, esta retirada podría ponerse a la par de las mejores hazañas militares, pero, para Centro América, sin hipébole, toca los lindes de una proeza homérica

Dichosamente Vázquez cruzó el río Goascorán, frontera de El Salvador, bajo una lluvia de balas con sólo 150 hombres. Digo dichosamente, porque entre los perseguidores se habían jugado indecorosamente todas las partes del cuerpo de Vázquez

## TEMPERAMENTO Y MODALES DEL GENERAL VÁZQUEZ

Ya el General Vázquez, derrotado y en exilio era objeto de una vigilancia extraordinaria de parte de Zelaya. Se le seguían los pasos como a un hombre peligroso. Lo curioso es que los instigadores de esta persecución eran los ecuatoriano-colombianos, quienes le daban, bien sea, por sus mejores informaciones o superior visión política, una importancia excepcional a Vázquez como política de cuidado. Zelaya aprovechó la ocasión para ejecutar una zelayada extrayéndole del baicó en que viajaba a su paso por Corinto. Se le dio de prisión el Cuartel de Managua que quedaba a 300 metros del Lago de Managua. Hubo gestiones tanto de amigos de Nicaragua como de los Gobiernos de El Salvador y Costa Rica para ponerlo en libertad, pero la presa se consideraba demasiado valiosa para soltarla fácilmente

Persona allegada a él, me refirió la entrevista que Zelaya le permitió con el General Vázquez

"La entrevista tuvo lugar en presencia del Coronel Arauz, y comandante del cuartel

—Por qué está Ud aquí?

—No sé, pregúntele a Zelaya

—Cómo lo tratan?

—No me apalean y me dan de comer

—Le han seguido proceso? Le ha interrogado el Gral Zelaya?

—Ese hombre no se atreve a verme de frente. Si lo hiciera, caería de rodillas como un esclavo culpable ante su amo" Y volviéndose a Arauz "Dígaselo Coronel" "No corro peligro, para fusilarme se necesita valor y ese individuo carece de él. Repítaselo

Coronel", —le decía a Aráuz,— "y dígame además a su amo que su prisionero lo desafía" Aráuz no movía un músculo ni profería una palabra"

Seguramente, la escena no tuvo mayores consecuencias debido a la caballerosidad del Coronel Aráuz, al no referírsela al General Zelaya

Cuando pasó el General Vázquez por Puntarenas, ya libre de las garras zelayunas, fuimos a encontrarle, el Dr. Adán Cárdenas, don Pedro Joaquín Chamorro, Juan Zavala, Arturo Elizondo y yo Nos refirió entre muchas anécdotas de regocijante humorismo y altivo desprecio hacia los gobiernos centroamericanos, que una vez le llamó la atención al General que mandaba en el Cuartel de Managua sobre la costumbre de la oficialidad de jugar con las granadas, "las bellotas de la libertad", tirándolas como pelotas y les indicaba ciertos lugares húmedos que se notaban en el apilamiento descuidado de las granadas, y que ese era nada menos, que un fulminado de mercurio, tan peligroso, que un golpe fuerte haría estallar todo, inclusive el cuartel En efecto, pocos meses después estalló el cuartel, pereciendo como trescientos hombres de la guarnición Zelaya justificó la catástrofe atribuyendo el hecho al General Castro, prisionero y conservador, y al Coronel Guandique, salvadoreño, instructor militar, los cuales fueron fusilados y cremados al son de fanfarrias militares, y con el concurso de una chusma ebria que impedía a la hija de Castro recoger las cenizas de su padre Una escena verdaderamente africana

El General Vázquez, de un distinguido abolengo, de la estirpe del Teniente General don José Vázquez Priego Montaos y Sotomayor, Capitán General del Reino de Guatemala, que tuvo la suerte de adquirir la más variada y elegante educación social en Madrid, Londres, París, rozándose con altos personajes de la política y finanzas, que en sitios históricos tales como Salamina y las Termópilas, y en Oriente hizo una excursión muy interesante Con el Evangelio y el Josefo en la mano siguió los pasos de Jesús desde Belén hasta Egipto, y, de allí por tierras bíblicas hasta el Gólgota, ya se puede concebir la situación de este hombre superior, que por un capricho del destino se encuentra de repente jefe de una nación inculta y en anarquía y las facciones

Refiere don Saturnino Medal, actual Ministro de Honduras en Costa Rica y uno de los más destacados lugartenientes del General Vázquez, por su valor y su lealtad, que en una de las escaramuzas que libraban en los despeñaderos hondureños contra los insurgentes, le decía "Vea qué desgracia la mía yo, un hombre civilizado, tener que andar persiguiendo indios por los riscos de mi patria"

Vázquez era de mediana estatura, facciones correctas, tez blanquísima, ojos negros y cuerpo bien proporcionado Trato como el de una dama, afable, de voz bien timbrada y suave sin que la alterara ningún incidente ni accidente por desagradable que fuera, pero en su andar firme y viril se revelaba el poder interior del hombre fuerte, de una rigidez temible en lo que él creía su deber, el cumplimiento de su deber

Hay multitud de anécdotas que después de su derrota le achacaban los enemigos, pintándolo como un tirano vulgar y ambicioso No hay tal Pulcro,

atildado, de un orgulloso aristocraticismo, era incapaz de ningún acto que rebajara ni su propia dignidad, ni la de los demás Eso sí, era capaz de mandar a fusilar sin pestañear a su propio hijo si cometiera una falta contra el honor y la disciplina militar

Como los enemigos de Vázquez han pretendido confundirlo con los gobernantes que en Centro América son los prototipos de la Centro América bárbara, esto es, los Rufino Barrios, los Ezetas, los Gutiérrez, los Zelaya, los Regalado, etc, voy a dar a conocer el episodio siguiente, Manuel Bonilla fue uno de sus adversarios más peligrosos por su audacia y su valor Vázquez lo venció en un combate y lo llevó prisionero a Tegucigalpa Le insinuó que bastaba su palabra de no seguir conspirando para quedar en libertad Bonilla se mantuvo irreductible "Que me fusile", contestó, "pero si me suelta me levanto en cuanto pueda" Vázquez lo puso en libertad, y, efectivamente, pocos días después Bonilla estaba a la cabeza de la rebelión

Cuando los amigos de Vázquez se quejaban del resultado de aquel acto de hidalguía, les contestó lacónicamente ese hombre ha cumplido su palabra

Para los que conocieron el modus operandi de los machetones brutales que desacreditaron Centro América en aquellos tiempos, parecerá increíble este acto que es de una autenticidad indiscutible Se necesita el consorcio de una casta hidalga y una cultura superior que tratar así, en esos momentos, a un enemigo político

Si acaso pudiera hacerse alguna comparación de Vázquez con gobernantes centroamericanos sería, —en el arte de gobernar—, con don Rafael Iglesias ambos cultos, ambos enérgicos, pero exentos de la vulgaridad machetona y atrabiliaria de los tiranuelos centroamericanos

Cuando en el exilio, los gobiernos del Salvador y Costa Rica le hicieron tentadoras ofertas para recuperar el poder de Honduras, contestó siempre con el orgullo de aquel duque de Chambord, que renunciaba un reino por no cambiar el color de la escarapela blanca "Nada de condiciones"

Lástima grande que no se pueda por el momento, hacer algo extenso y profundo sobre la vida anecdótica de este personaje singular

Voy a relatar, algo que pinta el valor y sangre fría de Vázquez

En el cuartel donde él estaba, durante el sitio de Tegucigalpa, llovían las granadas de la artillería de los sitiadores Una de tantas, le lleva la taza de café que tomaba Sin inmutarse, ordena a su edecán que temblaba "Tráigame otra taza"

Cuando Regalado, Presidente del Salvador, lo llamó una vez para conspirar contra Zelaya, se verificó una escena repugnante Regalado estaba borracho y sabidas son las locuras que hacía en ese estado Llamó a un General de su servicio, el General Mendizábal, y le dice "Saque su espada y atraviése al General Vázquez" que estaba sentado al frente de su escritorio El General, que era amigo de Vázquez, vaciló Se levanta Regalado, le quita la espada y empieza a tirarle puntadas al cuerpo sin herirle, diciéndole —Es Ud valiente, vamos a verlo Vázquez, sin inmutarse ni moverse lo dejó hacer hasta que la intervención de

la esposa de Regalado puso fin a la peligrosa y desagradable escena

Zelaya indudablemente adulado por los elementos que hemos mencionado, se lanzó a aventurar, en Colombia, Ecuador y El Salvador, sin objeto práctico ninguno. Dos veces invadió Honduras y no se le ocurrió solucionar la cuestión de límites. Su orgullo consistió en quitar y poner presidentes.

Zelaya para esas aventuras militares saqueó a los

capitales conservadores de Granada, de modo implacable. Pero nada, de modo implacable. Pero este comentario lo dejaremos para otra ocasión.

Y, como punto final, pongo la opinión del Dr. Zambrana. Hablando una vez sobre el tópico "Unión Centroamericana", dijo "Centro América no tiene hombres capaces de hacerla ni de dirigirla, sólo conozco uno, Domingo Vázquez".

## EL TORO AMARILLO

No voy a hablar, discreto lector del río de este nombre, que en Costa Rica discurre por las praderas sancarleñas como manso buey a rendir tributo a su padre el Sarapiquí. No! Voy a referir algo extraordinario de un Toro Amarillo que allá por los años 1833-34 causó los mayores desastres que se pueden imaginar. Derribó nada menos que un gran edificio levantado en Guatemala en 1823. Hermoso edificio de cinco pisos, derribado por un toro!! Allí se solazaban, mordían, insultaban y vivían siempre a la greña cinco familias, a cual más turbulentas.

Era la época de Federación, de todos conocida como la zarabanda política más desorganizada que haya memoria. Ni había paz, ni sosiego, ni plata, sólo riñas y desórdenes.

Pues bien, un Toro Amarillo acabó con todo aquel jolgorio.

Cómo?

Voy a contar la historia.

Vivió exilado en los Estados Unidos y por culpa de la Federación y de los Federales el ex-Marqués y doctor don Juan José de Aycinena. Publicó allí un folleto de más de 200 páginas, titulado "Reflexiones sobre reformas políticas en Centro América". El folleto era casi un Código Político, amenizado con citas históricas, reflexiones filosóficas etc, pero, casi todo enderezado a censurar y criticar algo de la Federación y los líderes federales, con verdadera y acro-ironía, sus consejos cáusticos y sangrientos eran furiosas embestidas. El folleto estaba representado con una carátula de cartón amarillo, por la furia del contenido, le pusieron el epíteto del Toro Amarillo. El folleto alcanzó una circulación pasmosa, al punto que el Dr. tuvo que hacer dos ediciones.

El Toro Amarillo vino a constituir el Código Político de los Centroamericanos y llegó a ser Biblia de la gente culta y semi culta. En las discusiones tanto públicas como por la prensa y en las Asambleas era muy corriente oír "como dice el Toro Amarillo". La

alucinación era tan grande en todo Centro América, y especialmente en Honduras y Nicaragua, que el Doctor Pedro Molina, escritor, quizás más erudito y atildado que el Marqués, decía, en el "Federalista" No hay en Centro América quien conteste a ese folleto.

El éxito extraordinario alcanzado por el Toro Amarillo, se debía en parte a que el Doctor había escrito bastante sobre el Canal de Nicaragua, y era ya conocido como escritor de grandes capacidades. Los artículos de Aycinena sobre el Canal no sólo eran literariamente notables, sino que hasta la parte científica la estudiaba con gran acierto. De modo que la popularidad del Toro Amarillo era justificada.

Cansados de Federación los pueblos Centroamericanos, atribuyendo al sistema el desorden y la zozobra en que se vivía, el Toro Amarillo vino a darle una cornada de muerte.

El argumento principal del Doctor era sencillo. Pareciera sofisma. Decía. Los Estados Unidos primero fueron estados y después se juntaron para federarse. Los centroamericanos han procedido al contrario. Hacen primero la federación sin tener estados pues los que así llaman, son repugnantes cacicazgos. Sepárense, háganse estados y cuando ya revelen aptitudes de cultura y educación júntense espontáneamente.

Y, así fue, como El Toro Amarillo acabó con el edificio de la farándula federativa.

El argumento del Dr. Aycinena es de más enjundia, más hondo y peligroso que el símil de don Ricardo Jiménez, de los bigotes y los quebrados.

Yo creo que si el Marqués resucitara, podría echarles a los centroamericanos no un toro, un torete de cualquier color, para advertirles que si bien siguieren su consejo en lo de separarse, para juntarse, no han llegado todavía a la categoría de estados. Que apenas se encuentran en un período de transición entre el cacicazgo y eso que llaman estado democrático.

Unirse ahora sería incurrir en los mismos errores y como dicen, volver a las andadas.